

Volumen colectivo

32

GUADALAJARA, UN LLAMADO AL SERVICIO TESTIMONIOS SCOUTS DE LAS EXPLOSIONES DEL 22 DE ABRIL DE 1992



GUADALAJARA, UN LLAMADO AL SERVICIO

Volumen colectivo

Guadalajara, un llamado al servicio

Testimonios scouts de las explosiones
del 22 de abril de 1992



Primera edición digital conmemorativa de los 30 años del servicio scout prestado durante las explosiones de Guadalajara, 1992: 2022
Segunda edición digital: 2026

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso

Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna

Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,

C.P. 06700, Ciudad de México

Tel. (+52) 55 5208 7122

www.scouts.org.mx

oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidente Nacional

Enrique Moreno Cárdenas

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada e interiores: Samuel Gómez López

Ilustración de portada: Escudo conmemorativo de los 30 años de servicio scout de las explosiones de Guadalajara, 1992-2022

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A.C.

LLamada de Reunión

La palabra “servicio” se manifiesta como scout en toda actividad, campamento o excursión. De niña quizá no entendía su verdadero significado, al dedicarme solo a jugar con mis amigos, trabajar para obtener alguna insignia o cantar alrededor de la fogata; años después, con muchas vivencias y experiencias acumuladas, conozco mejor sus alcances.

La humanidad ha sufrido distintas tragedias, y Guadalajara afrontó una sin precedentes que cambió la historia de nuestra ciudad, tres décadas atrás. Más que nunca, fue entonces cuando el lema “Siempre listos” se hizo presente entre los numerosos scouts que salieron a la calle a prestar el servicio más importante de sus vidas.

A través de los años, he escuchado un sinfín de relatos de cómo los scouts de entonces, sin saber la gravedad del acontecimiento, acudieron sin dudar a brindar ayuda a las víctimas de las explosiones del sector Reforma, para hacer valer lo enunciado por nuestra Promesa: eso se convertiría en una de las razones que más orgullo me genera al formar parte del Movimiento.

Algunas de aquellas vivencias se narran en el presente documento, para plasmar el verdadero significado del servicio scout realizado por personas que, entonces, buscaron solo “ayudar al prójimo en toda circunstancia”.

MARÍA DEL ROCÍO NAVA SAAVEDRA,
presidenta de la provincia Jalisco, abril 2022

Cronología de las explosiones del 22 de abril de 1992, en Guadalajara



Alcantarillas con olor a gasolina

Únicamente hubo un estruendo y vi cómo se fracturaba todo el pavimento —como cuando quiebran una tostada—, antes de volar unos siete u ocho metros de altura, para luego caer dentro de la zanja hecha por la explosión, a unos catorce metros de profundidad. Perdí el conocimiento en algún momento, pero alcancé a ver a un trabajador de Telmex que estaba a unos metros en un poste: quedó colgado con su arnés, sin vida.

Roberto Nava Cortés, bombero de Guadalajara

No había problema

Un día antes había un olor que yo lo identifico más como a resistol amarillo, así de penetrante, en toda la casa. Los de SIAPA [Sistema Intermunicipal de Agua Potable y Alcantarillado] estaban haciendo muestreos: al parecer, había fuga de hidrocarburos, pero no quisieron dar esa información. Al día siguiente, eran como las ocho de la mañana, y en las noticias por televisión estuvieron mencionando que no había problema.

Félix Armando Mendoza

Ningún problema

Llegué con mi compañero Roberto a las seis y media de la mañana a relevar al personal de la Secretaría de Vialidad que desde las dos de la mañana trabajaba para que no circularan vehículos por la calle de Gante. Los últimos momentos grabados en mi cabeza fueron como las nueve quince o nueve veinte, al regresar los agentes de vialidad para tomar nuestro lugar: caminábamos hacia la banqueta, cuando se vino la explosión. Yo volé como unos siete u ocho metros de altura para caer casi al costado de mi compañero semi sepultado por los escombros, de donde

empecé a liberarlo antes que llegara la ciudadanía de los alrededores para extraernos del lugar. Estuve aproximadamente veintidós días en el Hospital Militar, y hubo una colecta para comprarme un aparato ortopédico para volver a caminar bien.

Darío Gama González, bombero de Guadalajara

¿Oigan, están bien?

Por donde yo vivo queda más o menos cerca de la zona. No me acuerdo exactamente qué estaba haciendo, el caso es que subí a la azotea; en eso oí como un tipo de trueno. Ah, va a llover. Cuando bajé se me hizo raro que se fuera la luz. Mis papás se fueron a sus trabajos y nos quedamos mis hermanos y yo solos. Ni siquiera se nos ocurrió prender el radio ni nada.

Hasta que fuimos al mercado mi hermana y yo y empezó la gente a comentar. Y nosotras bueno, qué está pasando, qué traen. Mucha gente tenía prendidos sus radios y se oían ambulancias y todo el relajo. Llegamos a casa y mi hermano nos preguntó “¿Oigan, están bien?” Si, estamos bien. Entonces ya nos dijo que pasó la explosión y que según esto había peligro por la casa.

María de Lourdes Guechi García (📞)

Zapopan, aislado

Todos los medios de comunicación empezaron a hablar de unas explosiones. Los teléfonos quedaron cortados a medio día, nos los cortaron para no saturar tanto las líneas telefónicas porque todo mundo se quería comunicar con sus familiares. Podíamos recibir llamadas, pero no las podíamos hacer. Tampoco había camiones, vivíamos en Zapopan. O sea, estábamos totalmente aislados de la ciudad.

Martha Isalia Paz Piña

Puras mujeres y niños

Eran más o menos como las diez, las diez y quince, cuando se oyó como un portazo bien fuerte: ¡Pras! Alcancé a ver la pared que se movía. Lo primero que pensé “fue un tanque de gas”

o algo así. Salí a la calle y era como la desesperación: a dos cuadras se veía como si hubieran tirado la bomba atómica. Se veía pura tierra. Inmediatamente comenzaron a escucharse las ambulancias. No pensé que fuera tan grave, la verdad. En sí en mi cuadra no pasó nada, pero como a dos o tres sí hubo casas caídas y muertos.

La verdad es que fue una desesperación bien grande porque a esa hora ya es de trabajo: no había gente grande, no había hombres en la cuadra, pues. Estaban puras mujeres, puros niños.

Félix Armando Mendoza

Nunca escuché nada

Me enteré del desastre alrededor del mediodía, cuando hablé mi nuera. Yo vivía en Camino Real y ella vivía con su familia en Ciudad Granja.

—Vente para acá, porque aquí no pasó nada y Guadalajara está explotando, ipor todos los lados está explotando! —me dice.

Yo nunca escuché nada, yo estaba entre la cocina y atrás en el patio, porque estaba regando plantas. Nunca escuché nada.

Ingrid Jung de Häuser (🌀)

“Algo malo” había pasado

Alrededor de las diez de la mañana estaba en mis clases de la universidad, cuando empezó a escucharse el rumor de que algo malo había pasado por el centro de Guadalajara; en ese entonces, vivía en Zapopan, bastante retirado de la zona donde ocurrió el desastre.

Al llegar a mi casa se aclaró el rumor: habían ocurrido unas explosiones en el drenaje de Guadalajara, causadas por la acumulación de hidrocarburos y solventes provenientes de diversas fuentes, lo que me hizo recordar las noticias de días previos: las quejas de los vecinos de la zona de un fuerte olor a gasolina que salía de las alcantarillas; ahora, toda la zona parecía bombardeada. Entonces comprendí la angustia de Pablo, un compañero de la facultad, quien vivía con su familia en el lugar del siniestro;

afortunadamente, todos salieron temprano a sus ocupaciones y estaban bien, aunque él solo comentó:

—Mi casa desapareció: lo que traigo puesto es lo único que tengo.

Al informarme del desastre y ver las noticias, fue creciendo un estado de alerta en lo más profundo de mi ser, al mismo tiempo que la necesidad de no quedarme de brazos cruzados como espectadora, por lo que decidí salir a ayudar. Me comuniqué con mis amigas scouts —Marcela O'Connor Ávila, Irene Martín Ávila, Lilia León Madrigal, María de Lourdes Guechi García (☺), Jessica Pilar Pérez Cisneros, Flor Consuelo Cantú Copado, precursoras del clan Domrémy del grupo 9 de Guadalajara—, a ver qué noticias tenían sobre cómo ayudar; ninguna sabía mucho todavía. Me comuniqué entonces con mi jefa de clan, Dolores Álvarez, quien me informó que, si podía, me dirigiera a la Casa Scout para que ahí viera cómo se estaban organizando y la forma de ayudar. Nos pusimos de acuerdo en el clan para ir por la tarde a la Casa Scout, no recuerdo si por lo pronto estaban recibiendo donaciones y ayuda, o solo iban llegando los scouts listos para el servicio.

Recuerdo que a las precursoras no nos permitieron ir a la zona de desastre ni a los sitios donde estaban recibiendo los cuerpos al ser un espectáculo brutal, por lo que nos asignaron a los albergues, centros de acopio o casas donde, de manera improvisada, se recibían donaciones de varios tipos.

Gabriela Salinas Mendoza

Estacionado en la azotea

Ni en sueños estaba en los scouts entonces, pero tenía un novio con un socio que vivía por la calle de Gante, a donde llegó temprano aquel día para irse con él en su carro a Zacatecas para hacer un trabajo, luego de dejar su propio carro estacionado fuera.

Al rato, ya que se supo la noticia, lo primero que hicimos en mi familia fue prender la televisión para ver la magnitud de los daños y escuchar todos los noticieros posibles. ¡Me tocó ver

en uno de ellos el carro de mi novio arriba de una azotea en la calle desbaratada!

Él y su socio vieron también el noticiero y regresaron lo más rápido posible a Guadalajara; el socio pidió ayuda a todos sus amigos y conocidos para sacar las pertenencias de su casa, porque la iban a tumbar. Lo ayudamos aquel día por la tarde y dos días más, porque había que sacar desde la licuadora hasta los muebles.

Melania Vázquez Segura

Sin hacer mucho escándalo

Estaba en El Diente, allá por Zapopan, en un campamento. Al mediodía estábamos en el pueblo, un ejido, Río Blanco se llama, y un dirigente llevaba audífonos, fue cuando se escuchó: explosiones.

Primero no lo creíamos, ya después otro dirigente se puso los audífonos y sintonizó un noticiero. Regresamos al campamento y para que no se hiciera mucho escándalo, pues nuestro local es del barrio, empezamos a tumbar campamentos, comimos y todavía nadie se enteró; ya que veníamos de regreso en el pueblo, llegó una mamá e hizo todo el alboroto: la regó y enfrente de todo mundo dijo que había explotado.

Subimos al camión y lo que hicimos fue nada más ambientación: cantos, juegos, una forma de distracción para que los niños no lo tomaran tan a pecho.

Moisés Contreras Gutiérrez,
dos años después de lo ocurrido

Rambo ladra

Desayunaba con mis hermanos en nuestra casa de Guadalupe Victoria 400, en el barrio de Analco del sector Reforma, cuando escuchamos una gran explosión que hizo salir corriendo a Rambo, mi perro. Unas cuadras adelante, al ir por él, me encontré con lo que se veían en las películas de destrucción y muerte, sumado a un fuerte olor a gas. Inmediatamente mi perro empezó

a indicar con sus ladridos la existencia de gente enterrada en la enorme zanja que se formó, y de inmediato regresé a resguardar a mis hermanos con otros familiares, antes de empezar un día que se convertiría en semanas y luego meses de labores de rescate y ayuda en aquel sector.

Juan Carlos Arias Araiza

Se cayó todo

Estaban los soldados o la policía, no recuerdo qué eran, diciendo: —¡Sálganse, porque aquí también puede explotar!

Que apaguen los tanques de gas, que bájenle a la luz y ahí estamos. Un hermano mío llegó y me dijo no, la verdad está muy feo, muchos muertos, se cayó todo. Recuerdo que venía con su hijo en brazos.

Félix Armando Mendoza

Nos tuvimos que aguantar

Todos estábamos muy preocupados. Algunos niños empezaron a llorar. Yo, la verdad, no lo podía creer. De nosotras como que nos dieron ganas de llorar, pero nos teníamos que aguantar, pues todos los niños que había se iban a preocupar.

Nos subimos al camión y empezamos a cantar; llegamos a Guadalajara entre las cuatro y cinco de la tarde. Estaba la ciudad vacía: algo que me acuerdo muy bien es que estaban las alcantarillas destapadas.

Gerardina Guechi

* * * *

Vete por tu uniforme, Poncho

Había cumplido diecinueve años, formaba parte del clan “Caballeros del Temple”, del grupo 40 y el 22 de abril trabajaba en el taller automovilístico “El Clan” con mi jefe de clan, el señor Leandro Rendón, donde a las once de la mañana recibimos una llamada telefónica. Me tocó contestar a mí: era el licenciado Luis Ángel Pérez Pérez, nuestro jefe de grupo, aunque también estaba a cargo de la avanzada. Pidió hablar con Leandro, con quien

platicó alrededor de cuatro minutos para explicarle la situación.

Colgó con una expresión muy desencajada, diciéndome:

—Sabes qué, Poncho: vete por tu uniforme y nos vemos aquí en cinco minutos. Nos está pidiendo Luis Ángel que vayamos a hacer un Siempre listos a la comunidad.

No pregunté nada y me fui a mi casa de donde regresé uniformado; para ese entonces, ya estaban los demás claneros —Israel López, Carlos Granados, José Luis Román, Guillermo Vera—, y luego llegó Luis Ángel. Nos subimos a su carro para irnos a lo que la gente empezaría a llamarla Base 1, localizada a media cuadra de Gante, donde fueron las explosiones. Nosotros habíamos escuchado que había tronado Gante, pero no sabíamos la magnitud ni que íbamos a participar activamente.

Alfonso González García

Beeper y radio de onda corta

En el trayecto a la oficina donde recogería lo necesario para irme una semana de trabajo a la ciudad de Hermosillo, escuché en las noticias lo suscitado: explosión en el drenaje del Área Metropolitana; en realidad, todo era un caos y no se sabía con exactitud la magnitud de los hechos. Mi *beeper* no dejaba de mandar alertas: comunicarse con X, Y y Z personas. Lo que me llamó la atención fueron los mensajes de mis amigos paramédicos de la Cruz Roja y scouts. Llegué a la oficina donde me esperaban los ingenieros que me acom-pañarían al viaje, abordándome con la situación, además de tener varias llamadas telefónicas. Me puse a regresar las llamadas telefónicas y del *beeper*, lo que me llevaron a tomar de decisión de cancelar el viaje.

Una de las llamadas era un “Siempre listo” del grupo XV, que solicitaba presentarnos en la casa del jefe de grupo. Me regresé a mi departamento para colocarme el uniforme, dejarle recado a mi esposa e irme a presentar al lugar convocado; cuando llegué allá, ya se encontraban otros scouts de clan, tropa y manada del grupo, además de scouts, lobatos y claneros. Se sabía en ese momento que había explotado el drenaje, aunque

era incierto de dónde a dónde: unos decían hasta la central camionera, otros que hasta el centro. Lo que sí se tenía claro es que teníamos que ir ayudar y ya teníamos un destino: la Cruz Roja, donde se estaban organizando los grupos scouts para ir a donde se ocupara personal. Pero antes fuimos a hacer una escala en la casa del papá de un scouter del grupo VIII, quien era radioaficionado de onda corta y requería ayuda.

Trepamos a los muchachos nuestros vehículos para dirigirnos a la casa del radioaficionado, quien se estaba comunicando con muchas personas, grupos de socorro, ambulancias, etcétera, y ocupaba gente como correo a su oficina al no poder utilizar el teléfono de su casa porque el radio barría la señal.

Alfredo Corona V.

De expedicionarios para arriba

Empezamos a recibir llamadas del organizador de actividades en Guadalajara, René Rodríguez. Todo lo que era de expedicionarios para arriba, tropa en algunos casos; nos empezó a llamar y vamos de servicio.

Luis René Muñoz García

No se muevan de ahí, aguanten

La noche del día 21 me dirigía a mi casa, y había un tráfico inusual en la avenida R. Michel pasadas las nueve de la noche: el motivo eran varios carros de bomberos en la zona, y un fuerte olor como gasolina, aunque nunca imaginamos lo que pasaría al día siguiente.

Yo trabajaba como secretaria en Casa Scout, que en ese entonces se encontraba en Reforma 590, en la zona Centro por lo que, al día siguiente salí antes de las nueve de la mañana para ir a trabajar, como todos los días. Todo iba normal hasta llegar al Álamo, donde el tráfico era un caos y no podía pasarse por la avenida González Gallo. El chofer del taxi donde iba cambió su ruta rumbo a la calle Niños Héroes de Tlaquepaque, donde tampoco se podía pasar. Trató entonces de irse rumbo a la avenida Revolución y estaba igual, así que regresó a la avenida

Lázaro Cárdenas, y después de más de dos horas llegamos a la Minerva, donde se acercó lo más que pudo al Centro, y pues a caminar se ha dicho. Llegué a Casa Scout después de las doce, cuando las noticias anunciaban: “Hubo explosiones en Guadalajara y está destruida”. Entonces no tenía uno celular, y lo primero que hice fue avisarles a mis padres que me encontraba bien.

Trabajaba en Casa Scout con Luis Sengua (☺), y todo estaba en aparente calma en el Centro, con poca gente y negocios cerrados. Y como a eso de las dos de la tarde pasó gente diciendo que los bomberos estaban abriendo las alcantarillas y se estaba evacuando toda nuestra zona, porque había de nuevo explosiones. Luis y yo no sabíamos qué hacer, y le hablamos a René Rodríguez para decirle lo que pasaba.

—No se muevan de ahí, aguanten. Más tarde me comunico con ustedes —fue su respuesta.

Nos quedamos para contestar teléfonos, hacer llamadas a los puestos de socorro y coordinar la ayuda de los grupos scouts. Al final, todo fue una falsa alarma y no explotamos.

María Celina Cisneros Meza

Patrullas, ambulancias y carros de bomberos

Yo trabajaba en Casa Scout, en el centro de Guadalajara. Normalmente entraba entre las ocho y ocho y media de la mañana, y ese día fui a entregar a pie un paquete a la oficina de correos, que estaba en la calle de Venustiano Carranza. No escuché ninguna explosión, pero me llamó la atención cómo, repentinamente, todas las patrullas, ambulancias y carros de bomberos abrieron sus sirenas y empezaron a ir hacia el oriente. Regresé a Casa Scout, donde escuché por la radio que tenía prendida mi secretaria que acababa de haber “un problema” en el sector Reforma, y empezó a sonar el teléfono para preguntar si sabíamos algo de lo ocurrido, jefes de grupo y padres de familia.

Luego se comunicó conmigo Ricardo González Ventura (1937-2019), el presidente de provincia, para decirme que hubo “un desastre en la central camionera”, y había que estar aten-

tos, porque seguramente habría que ir a ayudar. Comenzaron a llegar scouts, principalmente rovers, vestidos de civil, quienes me dijeron: René, hubo una explosión en el sector Reforma. Me acuerdo que los grupos 16, 28 y 38 acordaron ir a ayudar al lugar. Fui a mi casa a uniformarme y regresé para irme a la zanja. De la Casa Scout salimos unas veinte personas de diversos grupos. Nos fuimos en un camión de línea pública que nos dejó a unas cuerdas, desde donde caminamos. Llegamos como a las cinco de la tarde, y ya estaba el Ejército y todos los cuerpos de socorro, trabajando. Al ver la zanja de acera a acera, pensé: si éste es el paisaje de una guerra, qué feo. Había muchas personas que quedaron dentro de sus casas, totalmente aturcidas; también, tengo muy presente como en la azotea de la casa de una sola planta, sobresalía la mitad de un carro Chevy Victoria, un modelo viejito, arrojado por la explosión.

Moví escombros un rato y como a las nueve de la noche regresé a Casa Scout, donde la población acudía de forma masiva a dejar víveres, ropa y medicinas. Ya estaba llena de scouts de todos los grupos.

René Rodríguez Villalobos

Veterano

Buscamos un lugar para llegar, porque el punto de reunión era el Colegio Anáhuac, que estaba a dos cuerdas de Plaza de la Bandera, lugar de tensión. Lo que se hizo fue irnos al barrio de Talpita, a la escuela donde trabaja una de las dirigentes de los niños. Se guardó todo el equipo allí y entonces ya, a los expedicionarios más que nada, nos dijeron quién se iba a los servicios.

Salimos seis y un jefe; éste había estado en México en los servicios de San Juanico y el Terremoto; no quiso llevar a su sección, los troperos, porque dice que a él eso le quedó muy grabado y después estuvo yendo a sicólogos. Yo tenía un hermano que era su primer campamento en la manada y otro hermano en la tropa, les dije que se fueran a la casa, que estuvieran tranquilos que iba a estar bien.

Moisés Contreras Gutiérrez,
dos años después de lo ocurrido

Guantes, casco y uniforme

Durante el primer día no conté con el apoyo de mis hermanos scouts, porque no teníamos comunicación y sólo a quienes vivíamos en el barrio nos permitían entrar. De inmediato tomé los guantes y el casco de mi papá, quien era ingeniero civil, y me puse mi uniforme para apoyar las acciones de rescate. Sin dudarle un instante, empezamos con mis vecinos y conocidos a rescatar gente de entre los escombros con cubetas, palas, picos, sogas y todo lo que sirviera para excavar. Luego empezaron a llegar claneros y precursoras a mi barrio, organizándonos para sacar gente de los escombros, sin dudarle. Logramos lo que nadie se hubiera imaginado: encontrar gente viva y personas heridas. Lamentablemente, también hallamos muchos muertos. Lo que más me impresionó fue rescatar unos niños entre aquel caos de tierra y escombros, quienes luego me pidieron regresar a sacar a su abuelita, quien ya había fallecido cuando se logró sacarla luego de varias horas trabajar sin equipo adecuado.

Juan Carlos Arias Araiza

Derecha o izquierda

No pudimos llegar a nuestro local, por lo que terminamos en el barrio de Talpita, de donde tanto la tropa de expedicionarios y expedicionarias junto con el clan de precursoras nos dividimos: a los hombres, el ingeniero Armando Rodarte, comisionado del entonces distrito 05 Oriente, nos envió a la Cruz Roja, y a las mujeres al albergue que se había instalado en la escuela vocacional de la Universidad de Guadalajara. Recuerdo que ese día venían mi hermano Francisco, que estaba en la tropa scout, y Saúl que era su primer campamento en la manada de lobatos. Sentí miedo de que pasara algo y no volviera a verlos.

Al llegar al parque Morelos, donde está la Cruz Roja, nos dirigimos a la entrada de ambulancias donde los scouts estaban haciendo una valla; ahí, un paramédico les indicaba a las ambulancias que llegaban dirigirse hacia la derecha o izquierda, según llevaran heridos o muertos. A los veinte minutos de estar

ahí, escuché que se necesitaba apoyo en el estadio de beisbol de la U. de G.; entonces, hablé con Carlos López, quien era el jefe de tropa que venía con nosotros; él, a su vez, habló con los dirigentes encargados y nos fuimos a la calzada Independencia para, de ahí, correr a la avenida Revolución. Llegando ahí, una troca nos gritó: “¡Hey, voy a la Bandera!” Nos subimos y arrancó. Íbamos alrededor veinticinco personas cuando nos bajaron, y antes que reaccionáramos estábamos sentados en una jardinera de la Plaza de la Bandera con un par de guantes y cubrebocas, recibiendo instrucciones por parte de los encargados de las cuadrillas. Nos llevaron a la calle Gabino Barreda, donde vimos los trascabos enviados por el gobernador a “remover escombros”. Nos formamos ocho cuadrillas por filas, y vi que la gran mayoría éramos scouts. Junto a nosotros había una casa de dos pisos con una fachada sostenida con tablones, y nos dijeron que estuviéramos atentos porque con la vibración de las máquinas podía hacer que se desplomara sobre nosotros. En ese momento únicamente escuchamos a alguien que comenzó a rezar: “Señor, enséñame a ser generoso...”, hasta ese día entendí el significado de la oración.

Moisés Contreras Gutiérrez,
dos años después de lo ocurrido

Desde scouts hasta tortilleros

Había muchas brigadas, mucho compañerismo. Llevaban palas gratis, guantes, boqueras para el polvo. Era un terregal. Todos estábamos ayudando, hicimos un montón de amigos. Había de todo: scouts, paramédicos, civiles, ingenieros, mecánicos, gente de traje, tortilleros, gente que estaba trabajando en ese momento lejos y que se lanzaron a ayudar, había de todo.

Manuel Gómez López

Uniformes por todos lados

Eran entre doce y una de la tarde, y ya sabíamos que había habido la explosión con muchos heridos, cuando llamaron a mi casa de Casa Scout para presentarnos a apoyar. Una actividad Siempre listos, nos dijeron, por lo que me puse mi uniforme

inmediatamente. Me dieron la indicación de acudir a las instalaciones del Tecnológico de la Universidad de Guadalajara, a un auditorio muy grande que tenían allí; ahí ya estaba José Gutiérrez, mi director de la Facultad de Psicología, de donde acababa de salir. De ahí nos mandaron a todos los scouts a la zona de Gante, a donde nos fuimos caminando porque no estaba tan lejos. Ya había ambulancias y carros de bomberos, por lo que no era tan fácil el acceso. Éramos muchos grupos, troperos, clañeros, hombres y mujeres: estaban los del grupo 30, estaba el grupo 13, estaba el grupo 9, estaba el grupo 16, estaba el grupo 7 en ese entonces, el 28 y 32; el 38, muy numeroso. Se veían uniformes por todos lados.

María Eugenia Cuevas Anguiano

Un zanjoncito que fue ensanchándose

Tenía diecisiete años, y acaba de pasar a clan. Ese miércoles por la mañana acabábamos de regresar de un campamento familiar del grupo 20 a la playa, en Colima, donde estaba mi novia que ahora es mi esposa. Yo vivía en el fraccionamiento Revolución, muy cerca de la zona donde fue el desmadre, como a kilómetro y medio. Yo estaba hablando por teléfono con mi novia, cuando se cortaron comunicaciones al tiempo que los vecinos comenzaron a salir de sus casas gritando que “había explotado Guadalajara”, al tiempo de abrir las alcantarillas porque en esa zona hay ductos de Pemex. Tomé mi bicicleta y salí en chinga a casa de mi novia, por ella vivía en el Rosario, por la Prepa Cuatro, más cerca del golpe, donde fue la primera explosión; incluso me atropellaron: un carro me dio un llegue, pero me levanté para seguir pedaleando.

Cuando llegué a su casa, ella y su familia ya se las habían llevado a otro lado —la fui a encontrar una semana después, ayudando a su vez uniformada en un albergue montado en el barrio de Analco—, por lo que me regreso a casa, donde veo a otros compañeros de clan que eran mis vecinos. Cuatro nos animamos a ponernos el uniforme para ir a ver qué pedo: Gabriel

González García, quien hoy es mi compadre, Mario Saracco Álvarez, Alfonso Castro Lara y yo. Nos fuimos caminando por toda la avenida González Gallo hasta llegar a donde empezaba la grieta, a donde nos metimos. Al principio era un zanjoncito que fue ensanchándose hasta ver las casas derrumbadas, carros y camiones enterrados. Como que explotó, cayeron los carros y camiones y luego los escombros que los enterraron con todo y gente dentro. Tratamos de seguir el camino dejado por el golpe, pero, muchas veces, tuvimos que rodear una manzana para regresar a la zanja. Nunca nos separamos los cuatro. Ya estaba el Ejército, Cruz Roja y otras dependencias, quienes para entonces ya habían ayudado a mucha gente a salir de los carros enterrados, mientras a otra la ayudamos a salir nosotros.

Luego de como dos horas llegamos a donde la calle de Gante desemboca con avenida Ejército, donde se encuentra la Plaza de la Bandera. Ahí ya había más scouts, como otros treinta, entre hombres y mujeres, la mayoría claneros, coordinados por un cuate al que le decíamos Danny y era jefe de avanzada del grupo 13, al tiempo de desempeñar un puesto en la provincia Jalisco que no recuerdo. En lo que nos coordinaban alguien gritó que otra vez había alarma de explosión y todos apagaron sus carros, los cuales empujamos para sacarlos de la zona de peligro.

De ahí nos mandaron de nuevo a la zanja, en corto de Plaza de la Bandera, para llevar suministros o sacar escombros con las manos. No podías entrar a las casas, porque estaban vigiladas por el Ejército para evitar saqueos y el peligro de derrumbes, mientras los de la Cruz Roja estaban aplicando vacunas contra el tétanos. Yo moví escombros, pero no agarré ningún cuerpo o pude verlo, supongo que por azar.

Omar David Sengua Uribe

Revolvedora

Haz de cuenta que estábamos en una revolvedora donde echaban de todo: gente, carros, había cables, camas, tanques de gas, minibuses enterrados. Había de todo. Era un zanjononón enorme, una cosa gigantesca. Veías una Wagoner atrapada

arriba de una casa, hasta te causaba gracia ver algunos carros que estaban intactos. La Cruz Roja sacando heridos, muertos, perros —bajando perros de las azoteas—, pájaros, gatos que se habían quedado encerrados en las casas porque habían evacuado a los dueños de la zona.

Manuel Gómez López

Amenaza

Escarbando encontramos un tubo de escape; empezamos a hacer alboroto porque se sentía que era un camión. Los del Ejército nos dijeron que ahí no tocáramos, y no nos dejaron escarbar; nos dijeron que si escarbábamos primero nos moríamos.

Luis Enrique Morales García

Debajo de la cama

Se oía gente que lloraba; se escuchaba y empezábamos a escarbar. A mí me tocó personalmente sacar a dos niños que estaban debajo de una cama. Habían respirado hasta tierra. Estaban morados.

Manuel Gómez López

La Zona del Silencio

Cuando volvieron los responsables de las cuadrillas nos dijeron que esa zona ya estaba controlada, por lo que continuamos nuestro camino al Tecnológico. Fue en boulevard Tlaquepaque cuando una camioneta el periódico *Siglo 21* nos levantó para dejarnos en nuestro destino. Nuestra labor en ese lugar fue levantar casas de campaña, y cuando éstas se terminaron nos dieron toldos, cuerdas y alcayatas que instalamos en el muro que daba hacia la calzada Olímpica. Al diez para las once de la noche, aproximadamente, nos empezaron a repartir paquetes de comida, era personal de Mc Donald's que llegó con la cena, la cual nos cayó de lujo pues algunos teníamos desde la mañana sin comer.

Pasamos la noche en casa de la familia Rodarte, y por la mañana volvimos al albergue. Recogimos los toldos de la noche anterior, separamos ropa y clasificamos alimentos. Por la tarde

fuimos a la zona afectada. La noche anterior ya habíamos ido, pero no pude apreciar con detalle la situación porque mi cuadrilla era la cuatro, y además estaba formado en medio de ella; ahora, de día, pude observar el auto en la azotea de la casa, placas de concreto recargadas en las casas y muchas personas en las labores de rescate. Estuvimos ayudando un rato, y después nos enviaron a un albergue que estaba en la zona zapatera de Esteban Alatorre, donde estuvimos hasta las once y media de la noche. El 24 de abril estuvimos en base 1, ubicada en la Plaza de la Bandera, donde hicimos bolsas de despensa, estuvimos desviando el tráfico que venía por la calzada del Ejército y a las nueve de la mañana nos mandaron a la “Zona del Silencio” —no sin antes vacunarnos contra el tétanos y ponernos gotas en los ojos—, donde estuvimos hasta las doce del día en las calles de Gante y Nicolás Bravo; ahí, tuve la suerte de presenciar cómo, con la ayuda de un perro, encontrábamos a una persona. Ya por la tarde, junto con otros dos expedicionarios nos enviaron en una camioneta al estadio Jalisco a llevar garrafones de agua; ahí, apoyamos para cargar una camioneta con ropa la cual sería llevada al albergue del parque de la Solidaridad Iberoamericana. Volvimos a base 1 y nos fuimos nuevamente a Zona del Silencio.

El 25 de abril, en la escuela primaria Basilio Vadillo, que está frente a urgencias de la Cruz Roja, apoyamos en la limpieza de lo que había sido el albergue, pues el lunes reiniciaban las clases luego del periodo vacacional de Semana Santa. Limpiamos baños, barrimos patios, pasillos, canchas, vaciamos salones que habían sido bodegas de alimentos y ropa. Éramos alrededor de ochenta scouts y treinta guías, y terminamos pasada la medianoche. Al día siguiente, cuando llegamos a la Basilio Vadillo, ya estaba lista la escuela.

Moisés Contreras Gutiérrez,
dos años después de lo ocurrido

Albergue, cocina, hospital y centro de acopio

Al paso de las horas fueron creándose equipos y repartiéndose funciones; recuerdo bien que varias de mis hermanas y herma-

nos clánicos y precursoras estudiaban enfermería o cursaban los primeros años de la carrera de medicina, por lo que lograron improvisarse pequeños hospitales de atención inmediata. A la falta de espacios ofrecí mi casa de Guadalupe Victoria como albergue, cocina, hospital y, posteriormente, centro de acopio. Resultó tan común ese domicilio, que después todas las personas e instituciones se acercaron a pedirme permiso para utilizarlo, lo que mi familia aceptó con mucho gusto.

Durante los recorridos que realizábamos de un lugar a otro, nos desplazamos en lo primero que hubiera a la mano. Recuerdo bien que tenía una pequeña motocicleta Carabela, a la que le amarré unas cajas para llenarlas de los víveres que llevaba a donde la gente los requiriera. Lo hice durante las semanas que mi barrio de Analco no tuvo servicios. Una vez que llegó el Ejército, éste usó mi casa como cocina para darle de comer a todos; ahí también apoyamos los scouts, además de recibir ropa, calzado, pañales, papel sanitario, etcétera, el cual acomodábamos para después regalar a la gente que lo necesitara.

Juan Carlos Arias Araiza

Costales de medicina caduca

Inmediatamente me comuniqué con todos mis jefes de sección y nos distribuimos: unos en Hidalgo, otros en López Cotilla y Marsella, y otros estábamos en el templo de Judas Tadeo. Se empezaron a formar infinidad de comités de acopio de ropa, alimentos, medicinas, pero de eso que la gente llegaba y ahí está el costal. Hay que clasificarla. Fueron costales de medicina totalmente caduca. Luego clasificarlo por pastillas, inyecciones, gotas, en fin. Se organizó un portavoz que salía del centro de acopio e informaba qué era lo que se estaba necesitando.

Inicialmente eran tres/ cuatro mesitas con veinte/ treinta medicinas; yo me fui ese día como a las dos de la mañana. Al día siguiente que regresé en la tarde ya eran como doce mesas, un mundo, y a empezar a clasificar.

José de Jesús Navarro González (✉)

Dotación de hamburguesas

Los scouts de tropa y de clan del grupo XIV acudieron al auxilio. Nos reunimos en nuestro local, de donde partimos a las 15:30 a la Cruz Roja, en el parque Morelos, donde nos trasladaron en camionetas al área del desastre. Los siguientes días llevamos una dotación de hamburguesas Burger King para los rescatistas y damnificados.

Roberto Pérez Medina,
tomado de *100 años de scouts en Guadalajara*,
manuscrito inédito fechado en 2019

Remover escombros de inmediato

Cuando llegué, todos estaban bien alborotados en Casa Scout: había varios jefes de clan y varios rovers coordinando. Empezamos a subir gente a camionetas, lo que cupiera, y a llevarlos hacia allá, los demás que se fueran caminando como pudieran.

Nos quedamos de ver en la calzada de Independencia; ahí nos dirigimos con los que estaban de Protección Civil para seguir sus instrucciones, también estaba el Ejército y la Cruz Roja. Nos dijeron que empezáramos a coordinar voluntarios y agarrábamos y a ver, vénganse ustedes, y ya nos los llevábamos. Como fue muy larga la zona de desastre pues órale en camiones, camionetas los mandábamos. Y luego luego a empezar a remover escombros.

Arturo García Solís

Casa Scout

Al regresar de comer al despacho de arquitectos donde trabajaba entonces, me habló por teléfono Ricardo González Ventura (☎), para convocarme a una reunión urgente con el resto del equipo de provincia a Casa Scout, cuando estaba en Reforma 590. Ya reunidos —éramos como diez o doce, algunos uniformados; yo, todavía no—, nos dice:

—Organícense, hay que ver a jefes de grupo, y hay que ayudar en lo que se pueda.

—Voy a ponerme el uniforme y regreso —contesté entonces; todavía vivía en casa de mis papás, y estaba en coche a diez minutos.

Regresé uniformado con Ricardo, quien me dijo que le estaba indicando a los jefes de grupo qué cosas reunir: víveres, ropa, medicinas y toda la ayuda que pudiéramos darle a la gente.

—Dime qué hago —le pregunté.

—Espérame aquí, y vamos a hacer un centro de acopio en Casa Scout. Recibe todo y lo vas acomodando, poniéndolo en el patio central —me contestó. Y empezamos a recibir todo lo que llegaba. Hubo muchachos en ese momento de la tarde que ya estaban avisados, y los mandaron para ayudarnos a clasificar.

Al día siguiente, ya había gente de los scouts que decía:

—Yo tengo una casa vacía.

—Hazla centro de acopio, para que no vengan hasta el Centro —le contestábamos. Y al rato, teníamos que checar el funcionamiento de cuatro o cinco centros de acopio.

Los chamacos que empezaron a llegar de los grupos comenzaron a ayudar a clasificar, y había que estar atendiendo llamadas, clasificando mercancía, revisando que lo que llevaran no estuviera caducado, estuviera limpio. Y empezaron a llegar adultos con chavos ya tarde, a ayudar a eso. Llegaron a haber en Casa Scout unas treinta personas en el momento crítico; a algunos los llevaban el papá o la mamá, quienes también se quedaban a ayudar un rato. Obviamente, terminamos tarde y se organizó una especie de guardia, para recibir y ordenar las cosas que seguían llegando.

José Adolfo López Sampsom Félix

Nos pusieron a separar todo

Lo pesado fue la primera semana, ya la segunda sí estuvo también pesado, pero no fue tanto en la zona de desastre. Estuvimos trabajando en Casa Scout, donde scouts de varios lugares fuera nos habían mandado su apoyo: ropa, alimentos,

incluso mandándonos estufas, cosas grandes, para que nosotros nos hiciéramos cargo. Nos ponían a separarlo todo: ropa acá, medicamentos allá; seleccionar los medicamentos que servían de los que no servían, que había muchos con fecha de caducidad muy atrasada. Todas las noches llegaban cargamentos de diferentes lugares.

Martha Isalia Paz Piña

Una película de guerra

Desde Casa Scout se coordinó la ayuda de los grupos scouts, montándose además un centro de acopio donde se recibieron víveres, agua, medicamentos y ropa. Todo se seleccionaba para enviarlo a los albergues.

Mi hermano fue esa noche por Luis y por mí a Casa Scout, donde cargamos la camioneta de provincia con agua y comida. Al recorrer las zonas de la explosión de Gante, González Gallo y colonia Atlas, encontramos a policías resguardándolas desde la mañana. No habían hecho el cambio de personal, y como todo era un desastre no había donde comprar algo para comer, así que no habían comido ni tomado agua en todo el día; ese momento, decidimos enfocarnos en llevar comida y agua al personal de seguridad que se encontraba en el lugar.

Después de recorrer la zona, nos dirigimos a la avenida Lázaro Cárdenas y calle Fuelle, donde quedamos de reunirnos con otros scouts. Recuerdo que comenzó a haber una fuga de combustible y personal de Pemex nos pidió alejarnos de ahí, y también sacaron a los medios de comunicación que ahí se encontraban. Nosotros nos movimos en dirección al Álamo para no alejarnos mucho del punto de reunión acordado. Eran como las dos de la mañana, y todo estaba oscuro y en total silencio; en ese momento, comenzaron a oírse motores y vimos aproximarse luces: cual fue nuestra sorpresa al ver varios camiones del Ejército llegando para apoyar y resguardar la zona. Recuerdo la imagen como si fuera una película de guerra.

María Celina Cisneros Meza

Adelante, ya puedes pasar

Los integrantes del clan de rovers Toltécatl, del grupo 1 de Guadalajara —Gabriel González García, Mario Jorge Saracco Álvarez, Omar David Sengua Uribe, Claudio Ulises Acevedo Durán, Alfonso Castro Lara y Efraín Aldana Álvarez—, prestamos servicio de búsqueda de personas atrapadas en la zona de Gante, después de ayudar a remover escombros en las viviendas colapsadas, en respuesta al llamado de servicio realizado por la radio local.

Hacia las ocho de la noche del jueves 23 de abril, ya para cerrar las actividades del día, seguimos las instrucciones del personal militar, quien solicitó reunirnos en la base montada en Plaza de la Bandera, donde nos encontramos con otros scouts —Alfonso González García, del grupo 40, y Manuel López, del grupo 16, así como otros miembros del grupo 13—, a quienes el mando militar a cargo pidió realizar una fila fuera de un toldo cerrado por la parte frontal, diciéndonos que tendríamos que pasar de uno por uno para dar nuestros datos.

—Los requerimos para saber quiénes están ayudando —comentó enfáticamente, muy al estilo militar, uno de los encargados, indicándonos después que solo ingresara a la carpa una persona hasta que saliera la anterior.

Como parte de la instrucción disciplinaria que nos caracterizaba, acatamos la solicitud antes que ingresara el primer scout formado; al cabo de unos minutos, éste salió para comentar que entrara el siguiente con la idea de dar nuestros datos.

—¿Qué te dicen? —les preguntábamos a cada uno de los que salían, a lo que nos contestaban sin hacer gesto alguno:

—Nada, solo das tus datos.

Sin embargo, al momento de llegar mi turno, ingresé con toda la cautela dentro la carpa: al cerrar la lona que servía como puerta, vi una mesa con dos militares sentados detrás de ella quienes, al verme, me pidieron acercarme. Hasta ese momento me di cuenta que portaban en su brazo una banda que los distinguía como personal médico.

—¿Cuál es tu nombre?, ¿qué edad tienes?, ¿cuál es tu fecha y lugar de nacimiento? —comenzaron a preguntarme con actitud enérgica, al estar frente a ellos.

Posteriormente, me indicaron:

—Descúbrase el brazo derecho.

Un enfermero militar se colocó a un lado en ese momento, dispuesto a aplicarme una vacuna antitetánica sin mediar palabra alguna: simplemente tomó mi brazo y realizó la aplicación del medicamento, sin yo poder decir nada. Al terminar, me dijo:

—Eso es todo, ahora puede salir y pídale al siguiente que ingrese.

Al dar la vuelta y salir de la carpa, le indiqué al siguiente formado en la fila:

—Adelante, ya puedes pasar.

—¿Qué paso, que te dicen? —preguntó, ansioso.

Mi respuesta fue la misma que daban todos los que salieron antes que yo.

—Nada, no te preocupes. Solo te piden tus datos.

Un par de días nos duró el dolor de la vacuna, convirtiéndose en una anécdota del grupo, como parte de una tragedia que nos llevó a seguir prestando servicio, llevándoles de comer a los encargados de seguridad y trabajo que repararon las tuberías con fuga en la zona del Álamo, entre otras muchas actividades.

Gabriel González García

Mi taller está a su disposición

Circulé por la calle González Gallo un día antes, dándome cuenta que los bomberos abrían las alcantarillas para meter unas sondas que detectaran el grado de explosividad, sin darle importancia porque yo vivía en otra zona; a la mañana siguiente, acompañado por mis hijos Luis Ángel, Pancho y Fátima, llegamos por la calle de Pablo Valdez y Souza a comer tacos de barbacoa, cuando por el radio dieron la noticia de que habían ocurrido las explosiones por Analco. Seguí sin darle importancia al pensar, ahora, que era una explosión cualquiera; al percatarnos de su

magnitud nos fuimos al taller donde estaba Leandro Rendón, nuestro jefe de clan, a consultarlo.

—¿Quieres que participemos? —le pregunté.

—Mira, todo el grupo no puede participar; de momento, si quieres jala a los muchachos de la avanzada, y podemos empezar a llamar a los demás para recabar agua y alimentos, para llevártelos cuando te vayas.

Eso ocurrió como a las tres de la tarde, cuando ya estaban reunidos varios muchachos. De ahí nos fuimos en mi carro a la calzada del Ejército y Violeta; cuando llegamos allá, ya había soldados, policía y ambulancias, ofreciéndonos a ayudar. Íbamos como unas diez personas, entre muchachos de avanzada —como Gabriel, Pepe, Poncho e Israel—, y algunas muchachas de avanzada femenil, y cuando reconocieron que éramos del grupo de los scouts, nos autorizaron pasar. Llegamos a un taller de autos eléctricos, donde consultamos a la persona que estaba ahí en ese momento, para ver si nos daba permiso de dejar nuestras mochilas y demás cosas que llevábamos.

—Mi taller está a su disposición —respondió.

Destinamos tres patrullas a dirigirse hacia los lugares donde estaba abierta la zanja: había carros y camiones encima de las casas, y casas totalmente destruidas. Había soldados escarbando, mientras la policía impedía el acceso al público, aunque a nosotros generosamente nos dejaron pasar a todas partes. Empezamos a caminar para llevarles agua y comida a los soldados que trabajaban; por la noche, cuando nos retiramos, el dueño del local donde llegamos nos permitió dejar nuestras cosas.

Al día siguiente, nos dimos cuenta que se habían recaudado más alimentos, agua y ropa, por lo que volvimos otra vez, lo hicimos a diario durante unos cuarenta y cinco días; el señor del taller, que todavía está ahí, muy generoso nos dio todo el tiempo acceso a su negocio. Nunca supimos su nombre, y no pudimos darle las gracias porque jamás volvimos a encontrarlo.

Luis Ángel Pérez Pérez

Varios días con sus noches

Cuando llegamos vimos un mundo de gente. No sabíamos exactamente lo que íbamos a hacer; sin embargo, vimos que había mucha gente empezando a organizar. Estaba llegando gente del Ejército con palas y picos, y a nosotros nos apostaron en un taller automotriz muy grande que todavía existe, ubicado en calzada del Ejército y Gante, pidiéndonos que empezáramos a acomodar agua y comida para la gente del Ejército que empezaba a remover escombros. Parecían máquinas porque trabajaron las veinticuatro horas del día, durante los siete días que estuvieron ahí. Traían las instrucciones de rescatar a la gente que estuviera atrapada; cuando aparecía alguien debajo de los escombros era una alegría indescriptible, y esa gente se desvivía por agradecerle a quienes la había rescatado.

Ahí estuvimos apostados durante varios días con sus noches, ayudando en la logística de llevar comida al Ejército, evitar la rapiña y que no hubiera nadie que no tuviera nada que hacer, para evitar algún accidente. Nos mandaron al cercano Templo de la Luz para vacunarnos, porque hacían falta manos; entonces, todos los que éramos mayores de edad empezamos también a trabajar en la remoción de escombros para rescatar a la gente todavía con vida, o llevar los carritos con las piedras a tirarlas en otro lugar o a los camiones que retiraban escombros. Después, nos pidieron ayudar también en algunos puntos, como el templo de Analco, donde recabamos los nombres de las personas fallecidas que lograban identificar y cuyos cuerpos llevaban ahí, además de llevar el control estadístico de quienes iban a preguntar, para que pudieran recuperar sus cuerpos.

Alfonso González García

Camionetas llenas de lonches y refrescos

Después de dejar a la manada con la secretaria del grupo y lobateros, nos dirigimos a la Cruz Roja donde tenían bastantes voluntarios formados en grupos para remplazar a la gente

que estaba en las calles donde fue la explosión, moviendo los escombros. La decisión de dónde se hacían las excavaciones corría por cuenta del Ejército mexicano. A nosotros nos tocó en las calles de Gante y Analco, donde estuvimos hasta que se fue la luz de día. No era posible trabajar con focos ni lámparas, porque olía mucho a gas de los tanques estacionarios de las casas derrumbadas, así que regresamos al Centro Escolar Basilio Vadillo, frente de la Cruz Roja, donde ya se encontraban los dirigentes de provincia dando alimentos a los damnificados, los cuales eran proporcionados por los restaurantes de Guadalajara que querían aportar ayuda.

Recuerdo que se nos ocurrió llevarle de comer a los que estaban como voluntarios en las excavaciones, así que llenamos camionetas con los refrescos y lonches que se armaron y nos fuimos a repartirlos; como entre la medianoche y la una de la madrugada nos tocó ver al presidente y al procurador de la República visitar las áreas afectadas, después de pedirle al gobernador que se fuera de vacaciones forzadas.

Alfredo Corona V.

La acarreada a los albergues

A la mañana siguiente, mi jefe de la constructora habilitó una casa que tenía por la zona de Chapultepec como centro de acopio. No era albergue porque no tenía agua. Le pedí a Celina Cisneros, la secretaria que entonces trabajaba en Casa Scout, que mandara gente para allá.

—Date una vuelta a los centros de acopio —me dijo Ricardo a mediodía.

Me fui al de mi jefe. Llegué uniformado y ya había scouts con más gente acomodando, clasificando y cocinando. Como no podía quedarse todo el tiempo, mi jefe le dejó las llaves de la casa a un jefe de tropa —todavía usábamos las camisolas grises— que no recuerdo su nombre. Yo me quedé, haciéndole segunda a este cuate; estuve ahí los siguientes dos o tres días, éramos entre diez y doce personas, scouts y no scouts.

Se empezó a clasificar y se empezó a llenar el lugar; entonces, propuse acarrear las cosas a los albergues que ya estaban habilitados cerca de la zona siniestrada. Y lo hice en mi coche, un Dodge que en realidad no era mío sino de mi papá, quien había fallecido un año antes y lo agarré; entre la cajuela y el asiento de atrás se llenó y me fui a un albergue cerca del Instituto Cultural Cabañas. Debo haber hecho unas cinco o seis vueltas esos dos días, y los siguientes me la pasaba entre Casa Scout y el centro de acopio que abrió mi jefe. Llegó un momento que lo ponderé y concluí que era lo mejor que podía hacer.

José Adolfo López Sampsom Félix

Síganme

Participaron en el servicio miembros de tropa y clan, dirigidos por sus scouters, con la dirección y coordinación de Fernando Fonseca, nuestro jefe de grupo, y el apoyo de todos los dirigentes. Aquel miércoles por la tarde se convocó a reunirse en el local de grupo a los scouts de tropa y clan, así como a scouters y dirigentes; ahí se nos indicó dirigirnos a la Cruz Roja que está al lado del parque Morelos, donde nos presentamos entrada la tarde dispuestos a ayudar donde se necesitara.

Nos remitieron con Abraham Villaseñor Herrera, futuro médico de la propia la Cruz Roja, quien era el encargado de coordinar todo el apoyo por parte de dicha institución. Le informamos que éramos del grupo XV de scouts y XV de guías, quienes también nos acompañaban. En ese momento llegaron también algunos scouts del clan que se habían adelantado al lugar de las explosiones con Eduardo Corona y Eduardo Cabiedes, scouters de manada, y Alfredo Corona y Enrique Espinosa, scouters de tropa y clan, respectivamente.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—Como veinte scouts y diez guías —contestamos.

—Síganme.

Nos llevó a la puerta trasera de la Cruz Roja, por donde salimos a cruzar la calle de San Felipe y entrar al Centro Escolar Basilio Vadillo, al tiempo de decirnos que éste lo habían habilitado como centro de acopio y albergue, a donde estaban llegando muchas donaciones de ropa, material y equipo, que a su vez debían canalizarse al lugar de la explosión y los damnificados. Y que nos encargáramos de todo eso. A la escuela estaban llegando personas damnificadas a las que se les daría espacio. Del albergue se comisionó a las guías del XV, con la Corona como guiadora; como Guías de México, ellas tenían un acuerdo con Cruz Roja para manejar albergues en caso de desastres y habían tomado cursos al respecto.

De inmediato los scouts organizaron las patrullas para empezar a trabajar, e instalamos nuestro centro de control en un saloncito a la entrada de la escuela, al tiempo de ponernos a ordenar en corredores y varios salones los donativos de material y equipo que habían llegado y seguían llegando. Por su parte, las guías tomaron el control de la entrada, registrando los datos de todos los damnificados que ya estaban dentro y de los que llegaban, así como su ubicación en los salones que se asignaron como dormitorios comunitarios; asimismo, organizaron la ubicación de las cocinas que llevaron algunas señoras dispuestas a ayudar en la preparación de alimentos, mientras no cesaban de llegar individuos y familias enteras de damnificados.

Así empezó a organizarse las donaciones de ropa, zapatos, material y equipo, al tiempo de llevar al lugar de la explosión lo necesario, conforme era solicitado. Los scouts se dieron cuenta que algunas personas estaban sacando cosas sin permiso por una puerta lateral de la escuela, por lo que solicitaron cerrarla con candado. También había constantes pedidos de equipo y materiales para muchos puntos de la explosión que a veces se duplicaban, por lo que nuestro jefe de tropa scout sugirió que dichas peticiones se autorizaran con la firma de alguno de los dirigentes asignados al centro de control.

Esa noche fue muy pesada: los scouts trabajaban por patrullas organizando el material de donaciones que llegaban, sur-

tiendo las solicitudes de material autorizadas por el centro de control y ayudando a cargarlos. Al final de la tarde y ya de noche llegaron a la Cruz Roja algunos scouts de otros grupos dispuestos a ayudar, que los enviaron con nosotros para integrarse con nuestros muchachos. Muy entrada la noche se retiraron los dirigentes con algunos muchachos scouts y guías, quedándose todos los scouters de manada, tropa y clan, así como las guiadoras con algunos muchachos scouts y guías.

Al día siguiente, llegaron a la escuela dirigentes, scouts y guías del grupo, tanto los que no se quedaron por la noche como otros que no habían ido el día anterior; incluso, se presentaron a ayudar algunos ex miembros del grupo XV y de las guías del XV, uniformados y dispuestos a ayudar. Todos fueron incorporados a los trabajos de clasificación del material de donaciones que no dejaban de llegar continuamente, a entregar solicitudes de material que, aunque en menor cuantía, seguía habiendo, a organizar las cosas donadas y a formar paquetes para donación, principalmente de ropa, zapatos, cobijas y alimentos.

En el curso de aquella mañana nos visitó el doctor Lima, miembro de Desastres México, un organismo de máxima autoridad en el manejo de desastres en el país. Vio el albergue, la operación con las donaciones, materiales y equipo, quedándose un rato en el puesto de control. Nos comentó que lo que estábamos haciendo era justo lo que teníamos que hacer: analizar con mente fría cada situación, para decidir adecuadamente qué hacer en cada caso.

Óscar Mauricio Gómez Morales

¿Qué los pongo a hacer?

—¿Sabes qué? —me dijo mi jefe—. Necesito que te quedes a ayudarme con la Basilio Vadillo.

Se refería a la primaria que está enfrente de Cruz Roja, una escuela muy bonita, con las mejores obras art déco existentes

en Guadalajara. Allí era un relajó porque empezó a funcionar al mismo tiempo como centro de alimentación, centro de acopio y refugio temporal, donde toda la gente entraba y salía sin control. Yo estaba desesperado, porque si bien tenía experiencia en refugios temporales, habían sido para unas veinte o treinta gentes; éste era mi primer desastre grande y apenas tenía dieciocho años.

Estaba bien estresado, porque no había nadie más de Cruz Roja; fue cuando llegó Óscar Gómez Morales con un grupo de scouts, a preguntarme:

—¿En qué te podemos ayudar?

Yo no lo conocía ni sabía lo que era un scout. ¿Qué los pongo a hacer? Tenía una bodega con más de un día sin poder ordenarla; le dije entonces que se fueran a la bodega, como para deshacerme de ellos. Óscar regresó como a las dos o tres horas:

—Ya está listo, ¿en qué más te ayudamos?

¿Cómo que ya está listo?!, me sorprendí, si era algo que no habíamos podido arreglar en todo un día, hasta que llegaron estos chavos para dejar todo ordenadito como una bodega de Walmart. Óscar llamó entonces a los scouts con su silbato, quienes llegaron a formarse. Ah, caray. Neta sí imponía orden. Ya con eso, el apoyo de los scouts resultó vital para tomar el control del refugio temporal.

Abraham Villaseñor Herrera,
entonces voluntario de la Cruz Roja de Guadalajara

¿Dónde están los muertos?!

Era tan tensa la situación que, al meter hielo en el albergue para la leche, llegaban gentes y decían:

—¡No, hielo para los muertos!, ¿dónde están?!

—Aquí no hay muertos.

—¡No!, ¿dónde están los muertos?!

Entonces llevabas a la gente y mire, aquí está la leche —le enseñabas el cartón—, esto es una leche, ¿ok? No hay problema, aquí no hay muertos.

Luis René Muñoz García

Curso fast

Nosotros regresamos a la escuela como a las dos de la madrugada, retirándome a casa para echarme un baño y regresar a la Cruz Roja a las seis y media de la mañana; como hora y media después, personal de Desastres Nacionales de la Cruz Roja preguntaban por las guías de México, y mencionaban los nombres de varias conocidas mías, entre ellas mi hermana, solicitándome de favor que las ubicara para decirles que se presentaran en la Cruz Roja al mediodía, puesto que ellas habían participado en un curso de desastres en México, y que era importante que yo también asistiera con personal de mi grupo. Recuerdo que solo asistimos algunos, porque en ese momento muchos se encontraban en diversas actividades.

A las doce del día nos presentamos en un aula de la Cruz Roja los scouts del grupo XV de Guadalajara, donde también estaban las integrantes del grupo 1 de Guías de México, y personal de Desastres Nacionales de Cruz Roja, quienes iniciaron la reunión con la advertencia de que el curso que recibiríamos en ese momento normalmente se impartía en dos semanas, pero la situación actual implicaba que nos lo darían en dos horas; además, las guías ya tenían un avance del curso.

—Ustedes a partir de ya se harán cargo del albergue y del centro de acopio; además, tendrán que encargarse de la vigilancia para que nadie entre sin permiso, y también tendrán el centro de comunicación —nos anunciaron.

Para lo último, ocuparon gente que hablara varios idiomas y ayudara a las llamadas de los familiares que buscaban a los damnificados; estos scouts prestaron apoyo vía telefónica, informando si las personas buscadas se encontraban en las listas de fallecidos.

Una de las enseñanzas del curso fast fue tener que involucrar a los damnificados en la realización de diferentes actividades, como la preparación de alimentos, el cuidado de sus hijos y la limpieza de las diversas áreas del albergue, ya que para

ellos estar ahí sin ninguna obligación resultaba de lo más cómodo y haría imposible que quisieran retirarse; además, existía el compromiso de deshabilitar el albergue a más tardar en quince días. Teníamos una ocupación de más de doscientas personas, que tuvimos que ir las acomodando con sus familiares; esto se logró con personal de nuestro grupo scout y otros grupos que solicitaron datos a los damnificados para realizar la búsqueda.

La escuela contaba con seis áreas importantes, que me fueron encargadas: el comedor, donde solicité ayuda a las guías de México, quienes organizaron a las señoras para preparar los alimentos y mantener la limpieza de la cocina. Otra guía era la encargada de las actividades de entretenimiento con los niños, organizándoles actividades que involucraban a sus mamás. Otro grupo era con los hombres dedicados a ayudar en el centro de acopio y limpieza de la escuela, mientras los encargados de vigilancia cuidaban todas las áreas y evitaban actividades de prostitución y ventas de droga que empezaban a presentarse, al tiempo de evitar la entrada a periodistas amarillistas que trataban de ingresar al albergue.

Otra área era la del encargado de acopio, y una más la de comunicaciones, dedicada a ubicar a los familiares y solicitar los materiales que ocupábamos, como cosas de aseo para los damnificados, alimentos, agua, leche, etcétera. Para el domingo solo quedaban treinta personas de ubicar con familiares, que terminaron por desplazar a otro albergue. Por nuestra parte, no dormimos durante una semana, pero nos quedó la satisfacción de lograr con bien nuestro “Siempre listos”.

Alfredo Corona V.

Guías de México, presente

Las noticias e imágenes de aquella mañana nos dejaron heladas, y luego luego nos pusimos en contacto entre las guías para iniciar a recolectar víveres para los damnificados. Recibí en eso una llamada de mi hermano Alfredo y Juan Carlos Salinas, scouts

del grupo XV, diciéndome que, en Cruz Roja Nacional, Eduardo Díaz, encargado de desastres a nivel nacional, nos buscaba hasta por debajo de las piedras: necesitaba que nos presentáramos en el refugio temporal que acababa de instalarse en la escuela Basilio Vadillo, frente a Cruz Roja del parque Morelos. No lo pensamos dos veces y nos dirigimos para allá.

Al llegar, vi gente mayor encargada del refugio, coordinando los esfuerzos de muchos voluntarios. Yo era una joven guiadora que imaginó llegar a ayudar a las personas que estaban dirigiendo; cuál fue mi sorpresa cuando Eduardo Díaz nos pidió, ¡a mí y las otras guías presentes!, que fuéramos las cabezas del refugio, empoderando a las jóvenes mujeres que ahí estábamos. Unos meses antes, habíamos tomado un curso de Administración de Refugios Temporales; algunos puestos eran Seguridad, Alimentos, Limpieza, Donaciones, etcétera. Quedé a cargo de Alimentos, lo cual era un gran reto. Establecimos un área de cocina, otra área de recepción de alimentos, y una más para la alimentación de voluntarios, donde se recibían y entregaban lonches y sándwiches para quienes apoyaban en las áreas de las explosiones. También se acondicionó un área de perecederos, al inicio solo con una fuente que teníamos, la cual convertimos en nuestra zona de refrigeración. La higiene era de suma importancia, al igual que la conservación de alimentos y aprovechar al máximo las donaciones con el mínimo desperdicio. Cada día era un reto: el menú era cambiante y en un solo día hacíamos varios platillos, porque su cantidad dependía de lo que nos llegaba para prepararlos. Había que ser creativas y rápidas, utilizar las donaciones y que la comida estuviera balanceada.

la Gisela Corona Vargas

Control de acceso

Durante los siguientes dos días los scouts y guías estuvimos en la escuela. Al ser semana de Pascua, los muchachos no tenían

clases, lo que facilitaba su apoyo, pero los scouts y dirigentes se rotaban para atender sus trabajos y seguir ayudando. En todos los casos y actividades estuvimos trabajando por patrullas, siguiendo la cadena de mando, desde el guía de patrulla, jefe de sección y cuarto de control, con todos los scouts y dirigentes trabajando de forma organizada bajo el mando del jefe de grupo, mientras que también las guías de México se organizaron de manera similar con sus guadoras.

Había un control de todas las personas que estaban en la escuela, anotándose quién entraba o salía, y brindándose información a quienes llegaban a buscar a sus familiares. Todo esto lo hacían las guías con el apoyo de algunos scouts en el control de la entrada. Scouts y guías clasificaban ropa y calzado donados y hacían luego paquetes de distintas prendas para repartirlas, tanto entre las personas y familias que estaban en la escuela como para otros damnificados de la explosión. Las guías también organizaban los salones habilitados como dormitorios comunes y las cocinas de las señoras voluntarias dedicadas a preparar comida para los damnificados alojados en la escuela; además, los scouts barrieron muchas hojas de árbol tiradas en algunos patios, y les pusieron juegos a los niños para distraerlos.

A media mañana del viernes llegaron algunas personas que quisieron entrar a la escuela simplemente a ver lo que ocurría dentro, impidiéndoselo las guías y scouts asignados en la puerta. Los recién llegados insistieron, pero los muchachos se mantuvieron firmes; momentos después, llegaron las Damas de la Cruz Roja, quienes la apoyan generosamente consiguiendo donativos. Viendo quiénes eran solo hasta entonces se les dejó pasar. Después nos comentaría Abraham Villaseñor, nuestro coordinador de Cruz Roja, que habían felicitado al albergue y centro de acopio por impedir el ingreso sin autorización.

Óscar Mauricio Gómez Morales

A mitad de la avenida

En el Parque de la Libertad, es uno que está en medio de una avenida, no se tenía planeado formar un albergue. Simple y sencillamente todo mundo, como por inercia, llegó y se empezó a juntar ahí. En vista que no se podía movilizar a todas las personas a otro lugar, se montó ahí, a mitad de la avenida.

La Cruz Roja, que estaba a unas cuadras, empezó a mandar camillas y lonas, se empezó a trasladar comida, se empezó a trasladar personal de otros albergues que teníamos cercanos. Entre los mismos damnificados empezaron a montar su propio albergue.

Martha Isalia Paz Piña

Recolecta

Nos reunimos todos como a las cuatro de la tarde en el Parque del Pinar. Más o menos éramos como unos veinte scouts de todas las secciones. Había dos camionetas disponibles: una del jefe de grupo y otra del padre del templo del Santo Niño de Atocha. Nos asignamos, cada quien, una calle para que, casa por casa, empezáramos a recolectar comida, despensa, ropa. Por suerte todas las personas estaban muy dispuestas en esta zona.

Se llenaron las camionetas y las llevamos a la Zona Número Uno, un albergue que estaba en Niños Héroe, a dos calles de donde fue la explosión de Gante. Era un taller mecánico grande, ahí llegaba comida, ropa, de todo. Estaba un poco desorganizado porque había unos quince ingenieros. Todos daban órdenes. Le preguntabas a uno sobre la comida y te mandaba a un lugar, le preguntabas a otro y te mandaba a otro lugar.

Nos quedamos dos noches, las del veintidós y veintitrés de abril. Estábamos a cargo de un ingeniero y nos tocó en un área donde preparábamos tortas y lonches. Empezaron a llegar cajas de comida de lugares como Burger King, que donó cajas de hamburguesas con papas; fruta, costales de fruta. Juntábamos todo en bolsitas: metíamos un lonche, una naranja, una manzana para después distribuirlas a todos los trabajadores

que estaban ahí apoyando; había muchos tirando escombros, sacando muebles. Entonces recorría toda la zona de Gante distribuyendo las bolsas de comida.

Omar López Ramos

Oye, ¿y mis papás dónde están?

El Basilio Vadillo es una escuela que está enfrente de la Cruz Roja, en el Centro. Se transformó en ese momento en un refugio por cuestión de necesidad. Ahí tuvimos una red de computación muy buena que instalaron a tiempo entre los scouts y la Cruz Roja; sacábamos el censo diariamente, incluso hora por hora, y empezábamos a registrar a Locatel por computadora. Registrábamos y no dejábamos salir a nadie. Fue un problemón eso porque luego llegaban niños de diez años y “Oye, ¿mis papás dónde están?”, y tenías que tratarlos. Incluso tuvimos un sistema de guardería en el que tuvimos actividades de tipo scout.

Luis René Muñoz García

Albergue infantil

A la parte donde llegué estaban coordinando los de Protección Civil, quienes ya nos conocían porque habíamos trabajado con ellos en alguna otra ocasión. A los más jóvenes que iban conmigo y a mí, nos pidieron que no entráramos donde estaban rescatando gente, pero los compañeros del grupo 30 sí entraron a hacer búsqueda. A nosotros nos pidieron que nos quedáramos a repartir agua y alimentos. Estuvimos haciéndolo unas cuatro horas antes que nos regresaran al auditorio del Tecnológico, a donde llegamos como a las diez de la noche. A mí, particularmente, me mandaron al área donde tenían a todos los niños, donde había colchonetas y cobijas. La indicación fue: verifica que estén abrigados, hayan comido —me tocó repartir atole, y los vecinos de las colonias llevaron alimentos: sándwiches, lonches, pan dulce— y hablen. Hubo dos o tres escuelas que

resultaron afectadas y los niños rescatados. No estaban sus papás y unos estaban asustados, otros muy cansados. Lo primero que hacían era buscar a sus hermanos. Hubo niños que andaban vagando por las calles, asustados; había otros que no decían nada y no sabías quiénes eran. Otros que no dejaban de llorar. Era una situación de miedo y angustia. Me tocó ver cómo hacían el censo entre ellos, porque llegaba mucha gente a buscarlos y los voceaban. Estaba conmigo Lupita Covarrubias, directora de Clínicas donde fue mi maestra. También era del grupo 9 y estaba uniformada conmigo.

Esa noche no dormimos, porque cuando unos niños se dormían llegaban otros; además, todo el tiempo había gente preguntando por sus hijos o hermanos. El auditorio tiene una iluminación muy grande y apagaron la parte donde estaban los niños, pero, de todas maneras, se veía perfectamente. Y, además, había que llevarlos al baño, a unas letrinas instaladas que solían usarse para los desfiles. No se quedaban solos y muchos no dejaban de llorar: nos quedábamos con ellos, abrazábamos a unos y dormitabas. Pero éramos jóvenes y no pasaba nada.

Al día siguiente, empezamos con una rutina para ver que todos se levantaran, se lavaran y desayunaran; después de eso, empezamos con las actividades recreativas, separándolos por grupos de edades: juegos, cantos y que pintaran con hojas y botes de crayolas que llevó la universidad, me parece. Me acuerdo que también les pusieron una etiqueta con sus nombres, para poder identificarlos. No todos sabían sus apellidos, pero por lo menos sabían su nombre.

Me quedé tres días completos allá —nada más me mandaron a bañar dos veces a mi casa, y a cambiarme el uniforme, porque teníamos suficientes uniformes y teníamos que andar bien uniformados, siempre—; los siguientes tres, iba un rato a mi casa y regresaba. Llegaban unos niños y salían otros, y había mucha incertidumbre porque no sabías quiénes eran y si todavía tenían familia. Hubo varios albergues de niños, por lo que se estableció la comunicación entre estos por medio de las listas:

cada cuatro o seis horas se iba alguien a los otros albergues con una copia de la lista, de donde se traían las otras copias, por si llegaban los papás pudieran decirles en qué albergue se encontraban; como a los dos o tres días llegaron maestras con las listas de sus alumnos, y decían: Me falta este alumno y me falta este alumno. Las mismas maestras identificaron a niños que no sabíamos quiénes eran. Cuando quedaron menos niños, los juntaron a todos en el albergue donde estaba.

Yo tenía compañeras que eran scouts, pero también estudiaban en Psicología, Trabajo Social y Enfermería. Había lobateras de la manada del grupo 16; había gente del clan del 38. También había scouts del grupo 13, entre ellos mi amiga Alejandra Ahumada Paganeli, quien era del clan y normalista de preescolar, y acaba de fallecer. Había scouts que estaban en la Normal de Educación Física, donde mi madrina Magdalena Flores Manríquez era maestra; ella era comisionada de Adiestramiento, y tenía a sus alumnos que eran maestros en formación y scouts, apoyando con cantos y juegos. Y había de otros grupos que no me acuerdo. Todo el tiempo hubo scouts: éramos muchos, una familia muy grande.

María Eugenia Cuevas Anguiano

Dormir donde se pudiera

El segundo día ya estaban mis compañeros, llegaron y nos vacunaron con la antitetánica, nos dieron guantes, cubre bocas y nos fuimos a la calle. Fuimos a sacar escombros y pertenencias, ayudar a las personas a sacar sus pocas pertenencias que les quedaban. Había un desorden, gente aprovechándose. No había nadie en mi casa, estaba acordonada la zona. Donde llegara la noche ahí nos dormíamos.

Félix Armando Mendoza

Todo el día sin parar

El jueves nos habíamos citado en el albergue del Tecnológico, pero nunca encontré a mis compañeras, entonces lo único que

me quedó fue moverme yo sola. Todos los voluntarios llevaban cosas y ahí estaban separando ropa de un lado, zapatos en otro lado, medicamentos en otro lado para que los encargados del Tecnológico dijeran donde se necesitaban de todas las cosas que nosotros les habíamos llevado. Estuve ayudando en la enfermería, hacía de todo: llegaban personas con piernas amputadas, a veces había que trasladarlos, a veces había que atenderlos rápidamente; había muchísimos niños, unos que se habían quedado sin familia. Estuve un rato también en la cocina, las señoras que estaban ayudando a hacer la comida ya no podían, llevaban todo el día sin parar, a las siete de la noche ya estaban exhaustas.

Martha Isalia Paz Piña

¡Ingrid, para, para, para, para!

En eso llegaron mi hija Astrid y Zaida Montero; Astrid estudiaba medicina y Zaida enfermería, las dos en la Autónoma y siguen siendo amigas hasta hoy. Zaida fue lobatera y era hija de Toño Montero, quien fue el jefe del grupo 8. Astrid traía mi combi y Zaida traía la combi de su papá; Astrid le prestó un uniforme scout, porque en aquel entonces todos teníamos doble uniforme, y yo le presté mi pañoleta. Astrid se fue con Zaida y me dejaron mi combi. Ahí me habló uno de los Peña:

—Oye, ¿ya supiste que en el sector Reforma hubo una explosión, y hay muchos muertos, muchos heridos, desaparecidos?

—Pues voy con la combi ahorita, y a ver cómo damos servicio.

Pasé a casa de los Peña, donde ya se habían juntado otros scouts que metimos a la combi; por suerte, le había comprado llantas anchas, porque es muy alta: las llantas se bajaron porque había muchachos colgados afuera. En el camino hasta la zona del desastre había scouts en cada esquina, que iba levantando. Llegamos atrás del parque Agua Azul, donde tomé la calle R. Michel, y tuve la precaución de sacar unos cartelones de la Cruz

Roja, que los muchachos pusieron de cada lado de la combi, delante y atrás, y nos dejaron pasar.

—¡Ingrid, para, para, para, para! —gritaron de pronto los muchachos, pero con el vuelo que yo venía estaba muy difícil frenar en seco; entonces, no sé cómo todos los muchachos saltaron y logré parar unos metros adelante.

—¡Dios mío!, ¿qué pasó?

Levanté la vista y vi como a un metro un hoyo que llegaba hasta la entrada de una casa todavía en pie, una casa de tres pisos a la que no le pasó nada, pero con un camión volteado arriba.

Ingrid Jung de Häuser (📷)

Prioridad

Lo que importaba era atender a las personas, sacarlas en el momento; a mí me tocó trasladar pacientes al Hospital del Ferrocarril y llevar a otros de ahí a sus casas. Fue una cosa tremenda porque si un camión fue puesto en la azotea de una casa, como sería la explosión, ¿verdad?

Sergio Ricardo Romero

Sello distintivo

A mi mamá, Josefina Anguiano de Cuevas, conocida como *Chepis* y subcomisionada de tropas, le tocó hacer comida en otro albergue; a mi papá, Antonio Cuevas, médico psiquiatra y subcomisionado de clanes, lo mandaron a atender los casos más graves de intervención en crisis, un concepto que apenas empezaba a surgir. Primero estuvo en el estacionamiento del Centro Médico, donde instalaron un centro de atención de emergencias; al principio, traía su bata del Seguro Social, sobre la que después se puso su pañoleta para que lo identificaran como scout.

María Eugenia Cuevas Anguiano

Pásame la machaca

Iba en la parte de atrás de una camioneta, cuando llegamos al depósito de cadáveres. Entonces, uno de los que iban adelante, se bajó y me dijo:

—Pásame el costal de la *machaca*.

—¿Pues cuál machaca? —dije yo—. ¿Qué, traemos comida o qué? —y volteaba para todos lados, buscando.

—Sí, el costal de la *machaca*; ése sobre el que vienes sentado.

Eran puros pedazos de persona: pies, manos, brazos...

Arturo García Solís

Rescatar lo que iba saliendo

Seguimos nosotros nuestra chamba y la máquina seguía escarbando. Muchas personas al momento de meter la pala las despedazó. Metía los dientes y sacaba pedazos de que los arrancaba y seguía escarbando. Nosotros estábamos al pendiente para rescatar los pedazos que iban saliendo.

Me tocó ver también que al momento de pasar la pala e ir a meterla otra vez salió un señor de entre la piedra, pero ya venía la pala y lo destartaló.

Luis Enrique Morales García

Lo que sacaba la grúa

Donde estábamos había una grúa para levantar losas pesadas o piedras. Empezaron a levantar una losa grande; en eso, se vio una persona que estaba ahí abajo y todos corrimos, porque luego luego dijimos pues a ayudarla; no, lo que vimos es que estaba más bien impregnada en la losa, quedó colgando.

Arturo García Solís

“Completar” cuerpos y buscar lunares

La Cruz Roja fue una de mis experiencias más duras durante las explosiones, al coordinarnos con sus encargados para trasladar

heridos y cadáveres. Lo más impactante fue cuando nos pidieron apoyo para ir a identificar cadáveres al Crea-Jalisco, hoy conocido como CODE [Consejo Estatal del Deporte]: su domo era una inmensa morgue, y nuestra función fue completar cuerpos para entregarlos a familiares, al tiempo de buscar lunares, marcas o alguna otra señal que ayudara a identificarlos.

Juan Carlos Arias Araiza

Cortesía de la casa

Nos fuimos para el CODE, donde tenían los cuerpos en el gimnasio. Nos quedamos toda la noche. Nos pusieron en un escritorio en la entrada. Llegaba gente y la registrábamos, teníamos que darles tapabocas y guantes. Había unos muchachos que eran voluntarios: ellos iban y acompañaban a ver los cuerpos. Adentro había varias funerarias que estuvieron regalando los féretros, también se encargaban de la documentación de salida.

María de Lourdes Guechi García (🌀)

¡Sáquenme de aquí!

En la noche ya habían puesto unas lámparas para que se pudiera ver. Yo estaba trabajando y empecé a sentir miedo porque se oían voces; puede ser que no existan los fantasmas o tal vez sería por el cansancio de uno que se imaginara eso, pero las voces se oían: eran gritos de adentro de la tierra, gritaban ¡Sáquenme de aquí!

Me dio tanto miedo que mejor me fui.

Luis Enrique Morales García

Semana Santa sin Resurrección

Aunque estábamos en Pascua soplaban un aire de Semana Santa, no sé si atrasado o adelantado. Yo creo que más bien fue esto último, que se vinieron de un jalón no una ni dos, todas las semanas santas de lo que falta de este siglo y del que está por comenzar; con todas las crucifixiones juntas, y todos los Judas y todos los Pilatos. Se nos agolgotó el corazón en un santiamén y ni tiempo tuvimos de hacer empanadas de vigilia. Nunca se habían visto tantas coronas de espinas en Guadalajara, ni tantas dolorosas, ni tantos ladrones buenos y malos; ni tanta gente encuerada en plena calle. Hombres y mujeres, sin que nos diera vergüenza, nos quedamos en pura alma. La ciudad se convirtió en un campo nudista en el que todos andábamos con el espíritu al aire. Hubo muchas sorpresas. Los que parecían tener el corazón grande resultaron unos farsantes, y otros, por los que no dábamos un quinto, nos sorprendieron por su tamaño. Anduvimos, eso sí, con el alma en un hilo. A muchos se les rompió y no volvimos a saber de ellos; se fueron al cielo como papalotes. Pero a pesar de eso no queríamos volverle a ponerle corsés al espíritu. Era la primera vez que gritábamos y exigíamos y ayudábamos a nuestras anchas. Pero tampoco nunca se había visto en Guadalajara tanta desesperanza, porque pasaron un día y dos y tres y cuatro, y nuestros muertos no resucitaron. Ni siquiera tantito.

Martha Cerda, *Y apenas era miércoles*

Mañana, tarde y noche, tres días seguidos

Al primer sitio que fui con algunas de mi clan fue a un templo —creo que por la escultura de Los Cubos— que se había

habilitado para recibir las donaciones, luego de ir a llevar provisiones a los damnificados en el Tecnológico y colonia Atlas. El segundo sitio donde estuvimos fue en una casa que estaba sobre Marsella y avenida Hidalgo, que abrieron como centro de acopio, donde recibíamos de todo: medicinas, ropa, comida. Nuestra labor era organizar todo lo que llegaba, clasificar ropa, separar, checar caducidad de los medicamentos, alimentos, etcétera. Luego estuvimos en un albergue que abrieron en el templo de Analco, donde solo recibían ropa; nuestra labor fue separarla por tallas y género, algo en verdad pesado porque eran montañas y habitaciones llenas de ropa. También ayudamos a servir de comer a las personas damnificadas que ahí estaban, y poner algunos juegos a los niños, para entretenerlos en cierta forma.

Tres días seguidos, mañana, tarde y noche estuvimos en esos sitios.

Ya después, cuando nos reunimos en Casa Scout con algunos rovers, solo escuchábamos sus comentarios sobre que a ellos les había tocado ir a levantar cadáveres, partes de cuerpos y sacar escombros, entre otras labores.

Gabriela Salinas Mendoza

Recuento

Luego de la explosión del Sector Reforma la Asociación se movilizó a nivel nacional como local. En Guadalajara hay aproximadamente 43 grupos de scouts; de estos participaron alrededor de 37 en las labores de rescate, en los albergues y en los centros de acopio. En un primer momento fueron convocados para que se reportaran a la Cruz Roja que coordinaba entonces todas las acciones de los voluntarios. Apoyados en el esquema organizativo para el que habían sido entrenados, se coordinaron en brigadas y fueron directamente a la línea de desastre. Los tres primeros días colaboraron como rescatistas. Tiempo después la Casa Scout de Guadalajara se convirtió también en un centro de acopio (se les hizo llegar, por ejemplo, 6,000 quesos frescos y 2,000 hamburguesas donadas por Burger

King durante los primeros días, para alimentar a damnificados y rescatistas) y recibieron ayuda de otras asociaciones civiles y de otros miembros scouts de distintas partes de la República (Michoacán, Sinaloa, Colima, D.F., etc.) que se incorporaron a las labores de rescate. Destaca en este sentido la participación del grupo Rescate Alpino del D.F. formado por algunos integrantes de la Asociación Scout que se coordinaron con el Sistema Nacional de Protección Civil y la Cruz Roja Mexicana, luego del sismo acaecido en 1985 en la ciudad de México. De esta manera lograron participar con cerca de 2,700 en la primera semana en una labor que se caracterizó por la versatilidad.

Cristina Padilla y Rossana Reguillo (compiladoras),
Quién nos hubiera dicho. Guadalajara, 22 de abril

Repartidoras de quesos

Fui de nuevo el jueves a Casa Scout, donde seguíamos recibiendo víveres y armando despensas cuando llegó un camión cargado de quesos frescos. Nos dejaron cien cajas, por lo que tuvimos que conseguir hielo y comenzar a repartirlos lo antes posible. Magda Flores (☺) dio indicaciones de cargar la camioneta scout y nos fuimos ella y yo a repartir los quesos en toda la zona de explosiones, donde se habían montado albergues. Era triste ver lugares como la calle de Gante donde la gente cuidaba lo poco que les quedaba por miedo a que les robaran. Nunca olvidaré a un anciano que removía los escombros de lo que fuera su casa, reusándose a irse al albergue, porque decía que “su viejita” estaba bajo los escombros y no quería dejarla.

Encontramos personas muy angustiadas y con miedo. Magda traía aspirinas en su bolsa y les dábamos un pedazo de pastilla, diciéndoles que era para tranquilizarse; después, platicábamos un poco con ellas hasta que decían sentirse más tranquilas.

Seguimos después nuestro recorrido para repartir quesos, dirigiéndonos a la Escuela de Ingeniería de la U. de G., donde había un albergue; al llegar, vimos en los jardines grandes mesas con manteles blancos y todo muy bonito.

—Pero, icómo es posible que estén pensando en una fiesta cuando hay una tragedia! —fue nuestra primera impresión que expresamos, indignadas.

Y cuál fue nuestra sorpresa al descubrir que el lugar donde creíamos que había una fiesta era un albergue del Ejército. Quedamos asombradas de la forma como trataban a la gente, la paciencia que tenían con niños y ancianos. Nos llevó a recorrer el área el general a cargo, dándonos cuenta del gran trabajo realizado por el Ejército.

Otro albergue estaba en la escuela Basilio Vadillo, donde había muchos niños, por lo que le pedí apoyo al señor José Magallanes (☺), quien tenía una imprenta y papelería frente a Casa Scout. Nos regaló hojas, cuadernos, colores y lápices para los niños.

Otro de los lugares a los que fui a entregar quesos fue a la Clínica 39 del Seguro Social, que se encuentra en el Álamo: era centro de acopio y distribución para la gente afectada. Ahí les comenté de los quesos que traía, pero los encargados me pusieron muchas trabas para recibirlos, por lo que decidí repartirlos entre la gente formada fuera para recibir ayuda. Cuando los encargados se dieron cuenta de lo que hacía, me dijeron que mejor ellos los repartirían, pero decidí terminar de hacerlo yo, porque la gente me comentó que tenía todo el día ahí, formada a la espera de recibir ayuda. Repartí como quinientos quesos.

María Celina Cisneros Meza

Dos adultos y un niño de manada

A la manada la trajimos repartiendo, siempre eran dos adultos y un niño de manada; como unos quince días continuos duramos trabajando. La sala de mi casa era una bodega donde se juntaban alimentos, y toda la gente nos los traía, nos los traía y nos lo traía. Y hablábamos a Casa Scout, y de ahí venían en una camioneta para llevarse las cajas de alimentos. Después, nos tocó estar en Casa Scout seleccionando comida y ropa.

Soledad Perea de Juárez (☺)

Desde fuera de Guadalajara

Debido a la tragedia acaecida en la ciudad de Guadalajara el día 22 de abril, los scouts de la provincia Gustavo A. Madero se reunieron para tomar acciones de auxilio para los damnificados de la zona. En coordinación con la Oficina Nacional, se estableció un centro de acopio para el D. F. y el área metropolitana, trabajando las 24 horas y enlazándose con la provincia Jalisco, para conocer las necesidades de las víctimas y canalizar la ayuda para los afectados por el siniestro.

Se hicieron tres envíos con diferentes materiales a Guadalajara, el primero de cinco toneladas, el segundo de tres toneladas y el tercero de siete toneladas, todo esto por vía aérea y terrestre.

De esta provincia participaron los grupos: 208, 100, 120, 136, 103, 333, 12, 322, 10, 75, 182, 8, 221, 101, 60, 116, 34, 56, 96, 201 y 61.

También tomaron parte grupos de otras provincias: 123 de Cuautitlán, 1 de Coyoacán, 223 de Cuauhtémoc, 9 de Puebla y 63 de Azcapotzalco.

Se enviaron latas de alimentos, detergente, jabón de tocador, medicamentos, ropa, cobertores y pañales. Se contó también con el apoyo de varias empresas en la organización y envío del material recolectado.

Tlatoani, boletín de dirigentes
de la Asociación de Scouts de México, A. C.

Desde la Oficina Nacional de la Asociación

En abril de 1992 tenía apenas un mes de haber sido nombrado presidente y jefe scout nacional; en esa aventura me acompañaba Pablo Ortiz Caso, como subjefe scout nacional. En junio del mismo año, durante la Asamblea Extraordinaria celebrada en Metepec, Estado de México, se modificó el Estatuto de la Asociación de Scouts de México que, entre otras cosas, estableció que dejaba de “existir” el cargo de presidente y jefe scout nacional, para que a partir de entonces hubiera un presidente

nacional —voluntario y miembro del Consejo Nacional—, cargo con el que me honró el Consejo Nacional, y un jefe scout nacional —que podía ser ejecutivo o voluntario, y miembro ex officio del Consejo Nacional—, que sería el mismo Pablo Ortiz, gracias a que el Consejo Nacional aprobaría mi propuesta de dicho nombramiento.

En cuanto sucedió el lamentable acontecimiento en Guadalajara, recuerdo que el mismo Pablo tomó la coordinación con la provincia Jalisco sobre las acciones a realizar.

José Antonio Hernández Gallegos

Coordinación institucional

Aún estaba fresca en la memoria los dramáticos sucesos de San Juan Ixhuatepec, sucedidos unos años atrás; también, había emergencia en el sur del país debido a la migración de ciudadanos guatemaltecos por la guerra civil en el país vecino, que se estaban instalando en la selva de Chiapas, emergencia que sería atendida con el apoyo de los Scouts de France, un trabajo que le mereció el reconocimiento a la Asociación por parte de la Organización de la Naciones Unidas. Fue cuando nos llegaron las noticias de las explosiones de Guadalajara, por medio de la provincia scout de Jalisco, la cual contaba con varios miembros en el Consejo Nacional, y nos mantuvieron al tanto de cómo evolucionaba la situación. La comunicación fue fluida por vía telefónica, a través de la provincia Jalisco y la Dirección Ejecutiva Nacional, ocupada en ese momento por Jorge Guzmán Huerta (☺).

Esa misma presencia en el nivel nacional, permitió coordinar los apoyos con las provincias cercanas y tener un puesto de coordinación llevado a cabo por la misma provincia Jalisco, entre los que estuvieron René Rodríguez Villalobos, ejecutivo de la provincia; José de Jesús Varela Velázquez (☺), Magdalena Flores (☺), Rodrigo Diez de Sollano Elcoro, Alberto Diez de Sollano Elcoro, José Adolfo López Sampsom Félix, y un gran equipo de

colaboradores entregados a la tarea de atender la emergencia de manera ejemplar y desinteresada.

La Asociación no tiene por costumbre hacer posicionamientos públicos en esas situaciones que, desgraciadamente, se politizan y convierten en movimientos capitalizados por diferentes organizaciones políticas. La labor de los miembros de la Asociación se centró, como lo ha hecho siempre, en el rescate de las personas que sufrieron las consecuencias de la tragedia, así como buscar brindarles asistencia en materia de acopio y distribución de alimentos, así como brindarles ropa y abrigo en esos momentos.

Pablo Ortiz Caso

Disposición foránea

Llegaron scouts de otros lados a apoyar. Me acuerdo de un grupo de Irapuato que llegó a Casa Scout, y algunos camaradas de la ciudad de México. Normalmente eran rovers, con sus uniformes y mochilas, dispuestos a partirse el alma. Me acuerdo que José Adolfo López Sampsom los recibía y explicaba la situación: que no era un desastre natural y ya estaba acotado. Los mandaron a chambear al Tecnológico, donde se quedaron una semana y regresaban a comer y dormir a Casa Scout.

René Rodríguez Villalobos

Yo soy carga declarada

Empezaron a contactarnos de otras provincias, para preguntarnos: qué llevo o qué podemos aportar, y cómo podemos hacérselos llegar, puesto que empezaba a rumorearse de casos de robo o pillaje a los camiones que traían víveres desde otras ciudades. Recuerdo que me pasaron el dato que había un scoutter o dirigente radicado en la ciudad de México que trabajaba en Estafeta, y que su compañía accedió de buena fe a mandar un avión con cosas donadas por los scouts de allá. Y también, que ese vuelo venía con un rover, con charreteras verdes y de

lentes. No me acuerdo de su nombre, así que lo llamaré el rover desconocido. Fui por él al aeropuerto la mañana del sábado. Me puse afuera, y lo vi salir del área de carga del avión. ¡¿Qué onda?! Tenía la encomienda de entregar la mercancía sin que se filtrara ni perdiera, y certificar su entrega a los damnificados.

La camioneta de reparto de Estafeta en Guadalajara llevó las cosas a Casa Scout, y yo me llevé al chavo en mi coche luego de darle señas al chofer de la camioneta de donde llevar la carga. Nos fuimos un tramo detrás de la camioneta, y después la rebasé para adelantarme, para que hicieran espacio en Casa Scout, tanto para que se estacionara como para tomar tiempo y gente para desempacar y bajar la carga.

Llegamos allá y el rover vio como de la camioneta de Estafeta se bajaron las cosas; después de un rato, no recuerdo si alguien lo llevó a la zona afectada. Ya en la noche, lo llevé de Casa Scout al aeropuerto. Y así como llegó al área de carga, se regresó en el área de carga.

—¿No te vas a regresar en un vuelo comercial? —le pregunté, asombrado.

—No. Yo vine en la carga y me toman como carga. Ni siquiera puedo irme en los asientos destinados a los operadores, porque entré como parte de la carga declarada.

Luego de eso no me quedó más que verlo a través de una malla de alambre subir por la plataforma trasera de carga con su uniforme bien puesto, segundos antes de cerrarse para que el avión comenzara a rodar por la pista.

José Adolfo López Sampsom Félix

Garrafrones novedosos

El jueves me dediqué a organizar la Casa Scout como centro de acopio. Nos llamaron varias organizaciones altruistas de Estados Unidos: lo que más recuerdo es que nos llegó un camión repleto de muletas y sillas de ruedas, enviadas por una asociación de minusválidos de Texas. Alrededor de ochocientos

pares de muletas y, fácil, unas ciento cincuenta sillas de ruedas, con los que atascamos uno de los cuartos que teníamos como bodega. Las guardamos porque algunos de sus representantes iban a venir a cotejar que las recibimos, y nosotros éramos los responsables de distribuirlas a quienes consideráramos que las necesitaran.

Ahora resultan comunes, pero entonces nos llegaron de San Antonio, Texas, unos garrafones de plástico con agua y su llavecita de distribución, que nos llamaban la atención porque aquí no había. También llegó un camión con tres toneladas de quesos tipo ranchero, que mandamos al Tecnológico donde tenía su base de operaciones el Ejército; los mandamos con un congelador de carnicería que conseguimos con un conocido de Magda Flores, en aquel entonces comisionada de distrito y que después sería de Adiestramiento.

Como unas dos semanas después, empezamos a sacar todo lo que nos quedaba en Casa Scout: lo último fueron las muletas y sillas de ruedas, que mandamos a una agrupación llamada CIRIAC —Centro Integral de Rehabilitación Infantil, A. C.—, donde la presidenta de entonces era la hija de un comisionado de distrito, Manuel Bravo. También nos quedó un montón de basura, que poco a poco fuimos sacando.

René Rodríguez Villalobos

Guacamole y una buena acción

Un día que tuvimos cajas y cajas de aguacate maduro, por lo que hicimos guacamole en grandes cantidades: era muchísimo guacamole y a todo se lo poníamos. También nos enviaban a cocina a los scouts que estaban cansados y necesitaban desahogarse luego de las fuertes experiencias que habían tenido en la zona de desastre; algunos se sentían impotentes al haber trabajado muy duro para desenterrar víctimas, y descubrir que la mayoría ya habían fallecido. Los escuchábamos, les dábamos de comer y beber, y luego se integraban nuevamente a ayudar.

Recuerdo que mi compañera guía, Claudia Micher, responsable de la seguridad, había establecido que no podía entrar a nadie al albergue sin estar registrado o autorizado: lo hizo con una persona muy importante que llegó. Se rumoraba después que le llamarían la atención; decían que no tenía ni idea de la importancia de dicha persona, pero más tarde nos felicitaron a todas, Claudia incluida, por cumplir al pie de la letra la instrucción.

Otro día, al dirigirme al albergue en taxi, su conductor me preguntó por qué iba hacia Cruz Roja, y le comenté que estábamos dando servicio en la escuela Basilio Vadillo, la cual fungía como refugio. Decidió no cobrarnos y hacer también su buena acción, detalle que me alegró el día, al saber que muchas personas podíamos hacer una buena acción desde cualquier perspectiva. Scouts y guías podíamos seguir transmitiendo la buena acción, cadena de favores, ayudando al prójimo y “dejar el mundo mejor de como lo encontramos”, como decía nuestro fundador Baden-Powell. 😊

la Gisela Corona Vargas

Sálvese quien pueda

No sé si sea bueno decir esto, pero recuerdo que en el recorrido que hice con Magda por la zona de Gante, vimos a una muchacha ayudando en una casa donde preparaban comida para la gente. Traía un abrigo, lo que se nos hizo raro porque hacía mucho calor. Nos pidió ropa porque el abrigo era lo único que traía puesto: era sexoservidora y a la hora de la explosión, nos contaría entonces, se encontraba en un hotel de la zona, por lo que salió corriendo sin sus cosas ni saber más de la persona con la que estaba. Aún en la tragedia nos hizo reír mucho por la forma como platicó las cosas.

María Celina Cisneros Meza

Crónica del miércoles negro (fragmento)

Trágico miércoles negro
ese 22 de abril, abril del 92,
nuestra Perla Tapatía
se estremeció de dolor.

A las 10 y unos minutos
de la mañana fatal,
en toda la zona había
ya la actividad normal,
talleres, comercios, coches,
en movimiento habitual.

Doce kilómetros fueron,
dentro del Sector Reforma,
de destrucción y de muerte,
cual si cayera una bomba.

La calle de Gante fue,
por cierto, la más dañada,
pero también otras calles
y avenidas aledañas.

Junto con fuerte rugido
sobrevino la explosión,
autos y casas volaron
por los aires con horror,
al instante se escucharon
tristes ayes de dolor.

Las explosiones siguieron
a lo largo de más calles,
y un eco ensordecedor
no logró acallar los ayes.

Pasados unos segundos
de aturdimiento y pavor,
los que salvaron la vida
reaccionaron con valor.

De los escombros sacaban
a sus seres más queridos,

a unos rescataban muertos,
a otros gravemente heridos.

Los gritos de ayuda, ¡ayuda!
pronto fueron escuchados
por cientos de voluntarios
que acudieron al llamado.

Eran decenas de muertos,
incontables los heridos,
escenas desgarradoras...
lamentos, dolor, gemidos.

Se escuchaban por doquier
gritos de dolor y llanto,
y los niños reflejaban
en su carita el espanto.

Cruz Roja, Cruz Verde y otras
instituciones de Honor,
trabajaban a destajo
en titánica labor.
Y por toda la ciudad
el ulular de sirenas
se dejó escuchar tan fuerte,
la psicosis colectiva
se apoderó de la gente.

Todos corrían asustados
por todas partes sin rumbo,
muchos decían que sin duda
se acercaba el fin del mundo.

Engracia Aguilar de Grimaldo.

Publicado en *Lis*, boletín de la provincia Jalisco, marzo de 1993

Llegó la maquinaria a escarbar

En eso empezamos a ver que llegaba maquinaria y nos quedamos pensando ¿cómo?, si puede haber gente atrapada que esté herida. Les empezamos a exigir que no se metieran; empezaron

a escarbar y nosotros hicimos una valla alrededor de la máquina para evitar que siguiera.

Estaba la gente del Ejército y no se metió, después llegó la policía y nos dijo que si no los dejábamos hacer su trabajo nos iban a meter a la cárcel.

Luis Enrique Morales García

Tapar todo

Los trascabos ahí estaban. Querían tapar todo y empezaron a hacer un movedero, como si no hubiera nadie... Acomodar todo, aplanar.

Manuel Gómez López

Mami, no nos hagas preguntas

No vi a las muchachas en cinco días, no tienes idea de cómo apestaban al regresar. Las mandé derecho a través de la cocina al patio de atrás, donde teníamos un baño con regadera.

—Ahí se quitan la ropa y se bañan, mientras les traigo toallas y batas para ponerse —les ordené a las dos, a lo que Astrid me respondió:

—Mami no nos hagas preguntas, danos un café y pan.

La muchacha salió corriendo a comprar pan que les supo a gloria con el café, porque prácticamente no habían comido. Luego les hablé a los Montero, para decirles que aquí estaba Zaida con mi hija, que llegaron bien y, si que-rían, la dejaran acá porque ya estaban bañadas, comidas y bien dormidas. A la mañana nos platicaron durante el desayuno sobre los brazos, piernas, cabezas y otros pedazos de cuerpo que llevaron al lugar donde estuvieron con los de Protección Civil. Gracias a Dios, ellas ya estudiaban medicina forense, si no quién sabe si lo hubieran aguantado.

Ingrid Jung de Häüser (☺)

Censar durante los siguientes días

Una semana después yo seguí colaborando con la Cruz Roja para censar todos los daños. Había como unas cien personas,

nos dividieron en equipos, de cinco u ocho, y nos mandaban personal de la Cruz Roja. Nos pidieron que observáramos detalladamente todo lo que hubo en el desastre, porque tenían que sacar un porcentaje de daños. Nos dieron unos mapas donde estaba marcada la finca; entonces nos decían: “Tú vas de tal zona a tal zona”. Había que anotar el domicilio, el daño que se encontraba en esa finca, de qué estaba hecha: si de adobe o ladrillo; si había objetos valiosos o no los había. Los daños se determinaron de tres maneras: cuarteaduras en los techos, en los muros y por la fachada. Eran los daños mayores. Nos pidieron también checar los ventanales, a ver si estaban muy dañados, fue una labor muy pesada.

Estuve censando tres días. Me tocó en Río Nilo y Gante. Trabajábamos de diez de la mañana a cuatro de la tarde y entregaba los reportes a la Cruz Roja. La mayoría de los daños fueron muy grandes. En muchas fincas ya no pudimos pasar, estaba completamente prohibido por el peligro que se derrumbaran.

Berenice Noemí Nava Mercado

Evaluadores de daños

Después me encargaron la evaluación de daños, donde también me ayudaron los scouts con un grupo de estudiantes de ingeniería del ITESO. Nunca se había hecho algo así; fue la primera evaluación realizada de esa manera en todo el país, cuando ni computadoras teníamos en la Cruz Roja. Si no hubiera sido por Óscar y el resto de los scouts, no sé qué hubiera hecho. Tenía que determinar cuántas casas resultaron destruidas. Me acuerdo que fui a la calle de Gante, donde nomás veías una hilera de ladrillos. ¿Cómo voy a averiguar cuántas casas había en cada cuadra? Hubo un ingeniero que llegó también de voluntario, a decirme:

—¿Sabes qué? Tienes que conseguir los mapas catastrales de cada una de las manzanas, con los que podrás saber cuántas casas había, para sacar las estadísticas—. Todavía los conservo.

Los scouts se convirtieron en evaluadores de daños: los asesoraron los estudiantes del ITESO, quienes les proporcionaron

los criterios para llenar los formatos que determinaban si los daños de las fincas habían sido leves, regulares o graves. Eran caminantes y claneros. Se las aventaron en unos tres días: desde la calzada Independencia, la calle de Gante, 20 de Noviembre... toda el área afectada. Fueron como unos ocho kilómetros, y la mayor parte, un ochenta por ciento, las realizaron los scouts. Visto en retrospectiva, me sorprende que la evaluación de daños la dirigiera un mocoso de dieciocho años como yo, y la realizaran otros mocosos. Pero fue un trabajo super profesional que a mí me marcó mucho.

Abraham Villaseñor Herrera

Negación

Duró como dos o tres meses más. Fue como una continuidad: abril, todavía mayo, junio, julio. Hasta que se reorganizó nuevamente todo. Estuvieron indistintamente en diferentes lugares; en el clan el trabajo en equipo es muy breve, más bien individual. Si el albergue donde estaba una de ellas ya se había cerrado, entonces apoyaba otro. Varias siguieron por mucho tiempo.

La experiencia que vivieron es algo muy íntimo de nosotras. Les dejó un dolor muy grande, no puedo explicar bien el sentimiento. Era mucho dolor lo que se les notaba, mucha impotencia. Te cuesta a veces soltar las palabras para darles aliento, porque pues también lo traes dentro.

Dolores Álvarez Meseguer

Saldo oficial

En el siniestro del 22 de abril de 1992, el Ministerio Público tomó conocimiento de 206 personas fallecidas y 1,460 lesionadas. Asimismo, de daños diversos a 1,154 inmuebles de particulares y a instalaciones de la Comisión Federal de Electricidad (CFE), Teléfonos de México, del Gobierno del Estado y del Ayuntamiento Municipal, y a bienes muebles oficiales y particulares, principalmente, vehículos y mobiliario de casas habitación y de negocios.

Conforme a las más de 650 querellas presentadas hasta el momento y a los dictámenes de evaluación que obran en las indagatorias, se estima que 1,148 inmuebles fueron dañados como consecuencia de las explosiones.

Por la limpieza, demolición y construcción, se estima un monto de 33 mil millones 873 mil 920 pesos; además, existen querellas formuladas por los apoderados de la CFE y Telmex. Las de la CFE representan una cantidad de 3 mil 550 millones de pesos, y las de Telmex, 4 mil 991 millones de pesos.

Roberto Arias de la Mora,

La política detrás de la explosión: el 22 de abril de 1992 en Guadalajara

¡Falso!

Quisieron taparlo rápido. Dicen que fueron doscientos cincuenta muertos y no es cierto; en una cuadra de esas hay más de cien personas.

Félix Armando Mendoza

¿Por qué fue eso?

Hasta ahorita estamos esperando resultados, un comentario oficial que diga por qué fue eso, quiénes fueron los culpables.

José de Jesús Navarro González (☺),
dos años después de lo ocurrido

Un terreno muy grande al lado de donde vivía

Ya tarde-noche nos fuimos al CODE, donde había un domo para jugar basquetbol: ahí tenían los cuerpos al ser una de las varias morgues que se improvisaron. Ahí llegué con mis compas todavía a preguntar qué se podía hacer; al otro día, ya habían puesto una base en Casa Scout, que entonces estaba en Reforma 590, en la zona Centro, donde coordinaban a la gente para mandarla a los albergues. Para el tercer día, el Ejército ya no permitió entrar a nadie a la zanja, aunque pienso que para entonces ya

no podía haber nadie más vivo. Metieron la máquina y sacaban la tierra con pedazos de cuerpo que echaban en camiones que fueron a tirar a un costado de donde vivía, en el fraccionamiento Revolución, en avenida Lázaro Cárdenas y carretera a Chapala, donde había un terreno muy grande donde años después levantaron el actual Semefo [Servicio México Forense]: con eso lo rellenaron. Olió a muerto como durante un mes.

Omar David Sengua Uribe

Negligencia

Para el señor René Rodríguez, Comisionado Ejecutivo de Programa de la sede en Guadalajara de la Asociación Scouts de México, los hechos que lamentamos se produjeron por la negligencia de las autoridades. Denuncia en particular la desarticulación del Sistema de Protección Civil a nivel estatal [...]. Además de que no se cumplieron los objetivos señalados se hizo evidente su incapacidad para organizar y la coordinar la ayuda. La Asociación Scout es miembro del Sistema de Protección Civil, por ello esperaba indicaciones de éste para actuar en el momento del siniestro. No sucedió así, por desgracia: “Protección civil estaba desmantelado [entrevista realizada el 18 de mayo de 1992]”. De la misma manera, considera que hay una desvinculación y desconocimiento mutuo entre las autoridades estatales y federales.

Cristina Padilla y Rossana Reguillo

Pinole

Hubo mucha rapiña al no haber control de quién se metía a sacar cosas: si tú querías meterte a la casa del vecino porque había muerto, podías meterte y nadie te decía nada. Pasaron tres o cuatro días y terminaron la demolición de todas las cosas feas, los escombros, las construcciones jodidas. Demasiado rápido para mi gusto metieron máquinas para arreglar las calles y las cosas que estaban hechas pedacitos.

El carro de mi novio salió en los periódicos, porque fue impresionante que un carro tan grande estuviera arriba de una azotea, sin daños. Aunque al bajarlo terminó hecho pinole, porque lo aventaron con una máquina.

Melania Vázquez Segura

Nuestra segunda casa

Casa Scout, que entonces se encontraba en Reforma 590, fue un punto clave al concentrarnos después para seguir apoyando en el siniestro. Recuerdo a varios scouts que me buscaron para ofrecirme ayuda, sabiendo que yo vivía en la zona donde se originó la explosión. Ahí fue donde realmente conocí a grandes seres humanos que, sin protagonismos ni pensando en una recompensa, se dedicaron a servir solo por servir, tal y como lo señalaba nuestro lema en los clanes. Yo formaba parte del clan Ivanhoe del grupo V Zapopan. Mi jefe de clan era Alfonso Hernández, mi subjefe se llamaba Pedro y mis grandes hermanos eran Ernesto Sánchez, Bernardo, Oscar, Naranjito Arturo, Memo y muchos más con los que logramos crear una gran hermandad de ayuda con lo que tuvimos a nuestra disposición. Durante aquellos días Casa Scout fue nuestra segunda casa, donde nos bañamos y dormimos varias noches, y doña Cuquita nos dio de comer. Resultó una gran aventura subirnos a la camioneta que teníamos, aunque no tuviera gasolina: con mucha fuerza de voluntad lográbamos que funcionara nuestra ambulancia improvisada. Me emociona recordar que fui uno de esos chicos que, sin dudarle un instante, nos trepábamos a la camioneta para, a la hora que fuera y donde fuera, acudir a apoyar en los trabajos de rescate.

Juan Carlos Arias Araiza

Relación de participantes

MANADA

Paul Otero Vázquez y Diego Antonio Bretón Rodríguez, quienes apoyaron en el puesto de socorro organizando a los visitantes.

TROPA SCOUT

Carlos Guillermo Pérez Rodríguez, León Aceves Díaz de León, Fernando Armendáriz Rivera, Miguel Ángel Flores, Frank Loranca, Rafael Caballero Quirarte, Julio Osorio Charles, Eduardo Becerra, Juan Pablo Saracho, Manuel Gutiérrez, Juan Carlos Gutiérrez Gómez, Pablo de la Peña, Mario Alberto Cuesta Vázquez.

TROPA DE EXPEDICIONARIOS

Armando Briseño, Noel Edmundo Reyes, Jaime Lubin Zermeño Martin del Campo, Gilberto Gómez Arce, Luis Humberto Gutiérrez Gómez, José Becerra, Ignacio Otero Vázquez, Santiago Álvarez, Santiago de la Peña, Ismael Caballero.

CLAN

Eduardo Caballero, Carlos Solís, Stefano Sereno.

DIRIGENTES

Jaime Lubin Zermeño Acosta, Mauricio Corona Hernández, Luis González Montero, Guillermo Aguilar, Marichuy Rodríguez Navarro, Héctor Díaz Cárdenas, David Fernández, Salvador Cárdenas, Roberto Pérez Medina.

CENTRO DE ACOPIO

Antonio Bretón, Marcela Pérez Rodríguez, Christiane y Michele Bretón; padres: León Aceves y Rosy Díaz de León.

Siempre listos

Acta del 28 de abril de 1992,
del Consejo del Grupo XIV de la provincia Jalisco

Reconocimiento

El alcalde zapopano hizo un reconocimiento especial a niños y niñas que integran el Grupo 33 de Boy Scouts, con sede en Zapopan, quienes bajo el mando de los señores José Antonio Zea y José María López han estado ayudando en todo lo necesario en el albergue del DIF-Zapopan, ya sea separando y clasificando ropa y donativos que la comunidad zapopana ha hecho llegar a los damnificados, como atendiendo y auxiliando a estos últimos.

El Informador, lunes 27 de abril de 1992

Nunca había trabajado con scouts

Finalmente se pidió que los damnificados debían desalojar el albergue, informándonos también que también nosotros teníamos que retirarnos, por lo que al mediodía del sábado 25 de abril le avisamos a Abraham Villaseñor que los últimos scouts y guías nos estábamos saliendo de la escuela.

—Nunca había trabajado con scouts —nos diría entonces—. Muy bien, ha sido una muy buena experiencia.

Nos impresionó mucho su comentario, al venir de un experto en rescates y apoyos a la sociedad. Nos fuimos contentos de saber que pudimos ayudar junto con la Cruz Roja.*

Óscar Mauricio Gómez Morales

Ceremonia de investidura rover

Debió ser aquel mismo año que estuvimos dentro la zanja, para una investidura rover. La zona seguía evacuada y todavía estaban las casas derruidas a los lados, sin iluminación y desoladas en cierta forma. Nos citamos entre ocho y diez de la noche en la iglesia de San Sebastián de Analco, a unas dos cuerdas de la calle donde ocurrió una de las explosiones. Entre miembros de clan, el jefe

*En diferentes momentos del servicio ayudaron alrededor de 18 scouts, 12 scouters y dirigentes, 12 guías y guiadoras, ocho antiguos scouts y guías, y seis scouts de otros grupos.

de grupo y los jefes de sección debimos ser unas diez personas, además de los familiares del muchacho a quien investiríamos, los cuales también estaban invitados.

La zanja era ancha y profunda, pero había manera de bajar y procedimos a hacerlo. No lo hicieron todos los asistentes porque recuerdo que solo había scouts uniformados. Yo facilité la reflexión realizada dentro, donde estuvimos una media hora; fue entonces que hablé del lema del rover, que es “servir”, y cómo debía construir su vida futura en torno a dicha palabra, la cual para muchos de los muchachos reunidos en ese momento se manifestó en aquel lugar. No había gente alrededor ni se escuchaba ruido cercano, fuera del tránsito. Luego regresamos a la iglesia a continuar con la ceremonia.

Alberto Diez de Sollano Elcoro

Mala memoria

Al final del año, durante la asamblea informativa, nos dieron una carta de agradecimiento firmada por Ricardo González Ventura (☺), el presidente de provincia, aunque estaba fechada desde el mes de julio. Lo ocurrido en el 92 fue un hecho que generó la unidad entre todos los scouts de Jalisco; nos dio fortaleza, pero no recuerdo que después lo habláramos. A lo mejor tengo mala memoria.

María Eugenia Cuevas Anguiano

Quién sabe de dónde eran

Afortunadamente, era un miércoles de Pascua y las escuelas estaban de vacaciones, porque había por Gante dos escuelas con más de seiscientos alumnos, por lo que no hubo más muertos al ser un día inhábil. Los vecinos se volcaron a hacer el rescate, a buscar la gente, pero la verdad no recuerdo a los boy scouts, aunque no dudo que ahí hayan andado, porque hubo muchísima gente ayudando. Pero que yo recuerde haber hablado con alguien

de ellos, no lo recuerdo. Me decía uno de los oficiales que había unos muchachos que quién sabe de dónde serán, y ya luego otro dijo que eran los *boy scouts*, entonces sí anduvieron ahí.

J. Trinidad López Rivas, entonces comandante del Cuerpo de Bomberos de Guadalajara en 1992; posteriormente se desempeñó como director de la Unidad Estatal de Protección Civil y Bomberos de Jalisco

Un apoyo social

Los claneros estuvieron en las brigadas de rescate, sacando gente de los escombros, cosas muy tristes. Y nosotros brindando apoyo a los damnificados, tratándoles de conseguir albergues porque muchos perdieron sus casas. Y tratando de enlazarlos con la lista de desaparecidos, para ayudarles a encontrar a sus familiares. Como un apoyo social, se le podría llamar. Lo hicimos en el DIF de Casa Jalisco, que está por el rumbo de Terranova.

Maricela Gómez

Como ayudan los scouts

Como al mes y medio en la reunión del Comité de Provincia, se hizo una mención de que tuvimos la oportunidad de ayudar, y ayudamos como los scouts ayudan.

René Rodríguez Villalobos

No quisimos presumirlo

También entonces era el responsable de *Lis*, el boletín de la provincia, y no recuerdo por qué no saqué algo de las explosiones. Tal vez porque no tuve correspondencia o no supe tratar ese asunto que para mí resultaba muy duro como experiencia, porque hablar de muertos resulta difícil. Habría que haber sacado a los muertitos y al camión que quedó arriba de la azotea. Fue una cosa muy dura y a la mera hora no hubo

correspondencia de los scouts. Yo creo que nunca se hicieron menciones porque no queríamos publicarlo o presumirlo.

Sergio Ricardo Romero

Ningún esfuerzo fue en vano

Aunque de pronto sentí que no hice mucho, al ver la magnitud de lo ocurrido concluí que toda ayuda era indispensable y ningún esfuerzo fue en vano. Fue el primer servicio que presté como precursora a esa escala, y sí me cambió la forma de ser, pensar y sentir. Me ubicó en la necesidad de estar cada día mejor preparada, informada y con disposición de ayudar a los más necesitados. Necesidad que hasta el día de hoy llevo en mi corazón.

Gabriela Salinas Mendoza

Se reconocen a distancia

Yo entré a los bomberos en marzo de 1990, por lo que las explosiones nos tocaron cuando todavía estábamos pollitos. Había mucha gente de asistencia social, mucha gente de civil, mucha gente uniformada, muchos organizados, muchos desorganizados —eso sí, había mucho alimento para los rescatistas, no hubo preocupación por ese sentido—; el uniforme de los boy scouts se reconoce a distancia, aunque uno no se ponía a saludar a nadie. Pero sí había mucha gente trabajando, también ellos.

José Guadalupe Dávila López, entonces bombero y actual comandante de Protección Civil y Bomberos de Guadalajara

Siempre listo

Estuvimos ahí todos los del grupo 40; obviamente, no dejaron ir a las secciones menores, aunque querían ayudar. Había gente de avanzada, pero estaban de colados porque eran menores

de edad. Apoyaron durante algunas horas a la formación de los lonches y las bolsas de agua para llevárselas a los soldados para que comieran. Fue una experiencia trascendental ver gente que perdió todo, incluidos sus familiares y hasta sus mascotas; me causó un sentimiento de conmoción, porque jamás había sentido la muerte tan cerca de mi persona. Me cambió en muchos aspectos sentir que en cualquier momento algo puede quitarte la vida, por lo que aprendí a estar siempre listo para lo peor.

Alfonso González García

Así es la vida normal

Nos empezamos a percatar que hubo gente dedicada a robar, que los soldados detenían para llevárselos; también, al estar allá, vimos cómo entraban los trascabos —gatos, les llaman—, para remover la tierra y levantar cuerpos a la mitad. Poco a poco el gobierno intervino más directamente, empezándonos a impedir el acceso a ciertas áreas, donde después nos enteramos que hubo más gente sepultada, que murió y subieron sin anotar. Fue así como los muchachos empezaron a darse cuenta de cómo es la vida normal, y que no toda la gente actúa de buena fe.

Luis Ángel Pérez Pérez

Scouts y ex scouts

—Nuestra sede del grupo estaba muy cerca de donde hubo esas explosiones; de hecho, indirectamente nuestra casa fue arrancada desde ese entonces.

—Muchos de nuestros scouts también fueron damnificados; la gran mayoría, porque vivían en la zona de influencia.

—Fallecidos fueron dos, aunque también hubo varios ex scouts, no nada más del grupo 28, otros del 38, también.

J. Jesús Juárez Perea
y su madre Soledad Perea de Juárez (📍)

Lo que vale la pena

—René, algo que me queda muy claro es que lo material en realidad no vale la pena. Me quedé en la vil calle, pero debo seguir adelante —me comentó como mes y medio después, en Casa Scout, el jefe del grupo 29, quien perdió su refaccionaria en la zona de la explosión; fuera de él, no supe de otro scout afectado directamente.

René Rodríguez Villalobos

Muertos y damnificados

Varios miembros de esta Asociación, en particular del grupo 28, perdieron la vida durante las explosiones y otros más se encuentran entre los damnificados.

Cristina Padilla y Rossana Reguillo

Una visita reciente

Hace poco visité Guadalajara, donde no vivo desde hace tiempo y, no sé por qué, me nació la inquietud de dar una vuelta al barrio de Analco, quizás era porque en mi memoria quería reafirmar y/o aclarar que alguna vez había pasado algo ahí, ese algo que quedaría para siempre en la memoria de quienes lo vivimos, fuera de lejos o en carne propia.

Mañana nublada, tranquila y hermosa, con la iglesia de San José de Analco y su jardín de enormes árboles al costado. Todo lucía como si nunca hubiera pasado nada, excepto que ahora existe un monumento en una esquina del jardín en memoria a las víctimas de aquel día. Yo no sabía de su existencia y me dio gusto y a la vez tristeza verlo, pues en mi interior pensé “todo lo que ocurrió fue cierto”; afortunadamente, ahora quedará en la memoria de la comunidad para que no se olvide con el tiempo.

Gabriela Salinas Mendoza

Historias increíbles

—De esas explosiones se cuentan historias increíbles, como la del hijo de uno de los muchachos de mi mamá.

—Un ahijado rover, Gerardo, quien tenía esposa y dos hijos chiquitos.

—Tenían un niño en ese entonces de...

—Cuatro meses.

—Lo tenían en su porta bebé ya para salir, cuando explota y el niño va a caer en la azotea.

—Con todo y porta bebé.

—Con todo y porta bebé; también volaron dos losas de cemento que al caer hicieron una especie de tipi bajo el que quedó sepultado el niño.

—Una vecina vio cuando voló el porta bebé, diciéndole a Gerardo que el niño estaba allá arriba: no tenía nada absolutamente.

J. Jesús Juárez Perea
y su madre Soledad Perea de Juárez (📍)

Imposibilidad

No quiero exteriorizarlo... es algo muy íntimo de nosotras.

Dolores Álvarez Meseguer

No fuimos héroes

Fue una ardua tarea, pero así valoré la vida y por qué mi madre me llevó a los scouts, en 1979. Esa época marcó nuestro destino y lo que hoy somos: siempre me pregunto por qué estuve ahí y por qué hubo tantos seres humanos con pañoleta convertidos en ángeles para las víctimas. No fuimos héroes, solo scouts de corazón que ayudamos a otras personas. Llevamos a la práctica lo que nos enseñaron en los scouts: ayudar al prójimo en toda circunstancia y no buscar más recompensa que saber que hacemos Tu Voluntad.

Juan Carlos Arias Araiza

La señora de Piedras Negras

A Ulises Gallegos, amigo de la tropa, y a mí nos encargaron llevar a dos personas al albergue del Tecnológico de la U. de G. Eran una señora con uno de sus hijos que venían desde Piedras Negras, a buscar a otro hijo que estudiaba aquí y vivía en Gante, a una cuadra de la central camionera, según me contó en el camino. Al enterarse de las explosiones y no saber de su hijo consiguieron dinero y vinieron a buscarlo, y ya sólo les faltaba preguntar en ese albergue. Recuerdo haberlos dejado dentro y, al momento de retirarnos, fijarme en la mirada de la señora llena de incertidumbre. Les deseamos suerte y nos fuimos; al día siguiente, regresé a la escuela y por la tarde, cuando estaba por llegar a base 1 nuevamente, en la esquina de avenida Revolución y la calle 34, vi de nuevo a la señora de Piedras Negras ya con sus dos hijos; al verme, sonrió y me dio la bendición.

Moisés Contreras Gutiérrez,
tres décadas después de lo ocurrido

Por eso decimos...

El servicio de apoyo fue del 22 al 29 de abril, y luego una semana más. Lo interesante fue que antiguos scouts del grupo nos llamaron para preguntar cómo podían ayudar. Por eso decimos: scouts una vez scouts siempre.

Roberto Pérez Medina

Actividades de campamento

Yo pensaba entonces que los scouts eran chavos que cortaban flores e iban a los campamentos a contarle los pelos de las colas a las ardillas.

Abraham Villaseñor Herrera,
tres décadas después director de Planificación y Desarrollo
Organizacional de Protección Civil y Bomberos de Guadalajara

Toda Guadalajara

Yo estaba de campamento, no sabía ni qué, nomás oía que algo había pasado. Entonces alguien dijo que hubo una explosión en Guadalajara; pues uno en la sorpresa crees que toda Guadalajara.

Gerardina Guechi

La calle de Gante

Cuando paso por la calle de Gante, siento dos cosas: me vuelve a dar coraje, se perdió mucha gente, se pudo haber evitado; y a la vez me da alegría, porque tuve la oportunidad de ayudar.

Ahorita no es lo mismo que antes, no es una calle común y corriente: está pavimentada, ya con sus lámparas, agua, alcantarillado, casas nuevas, algunos terrenos, todo bien.

Se ve diferente y no, no se siente igual.

Manuel Gómez López

Imágenes indelebles (fotografías inéditas)



(Fotografía: José Martín Ibarra Ramírez.)



Sector Reforma, Guadalajara, Jalisco
(fotografía: José Martín Ibarra Martínez).



Afuera de Casa Scout
(fotografía: José Adolfo López Sampsom Félix).



Clasificación en un centro de acopio
(fotografía: José Adolfo López Sampsom Félix).

ASOCIACION DE
SCOUTS DE
MEXICO, A.C.

MIEMBRO DE LA ORGANIZACION MUNDIAL
DEL MOVIMIENTO SCOUT Y DE
LA CONFERENCIA SCOUT INTERAMERICANA

PROVINCIA SCOUT

“JALISCO”

REFORMA 590 SECTOR HIDALGO
AP. POSTAL 1-652

44200 GUADALAJARA TELS. 13-77-74 14-04-46



Guadalajara, Jal., a 31 de Julio de 1992.

.Ma. Eugenia Cuevas Anguano
.Miembro del Grupo 9
.P R E S E N T E .

Los sucesos ocurridos el miercoles 22 de Abril de 1992, en el Sector Reforma de esta Ciudad de Guadalajara, fueron para los Tepetates, una leccion que no ha de olvidarse.

Por otro lado, estos sucesos, permitieron a los miembros de la Provincia Jalisco de la Asociacion de Scouts de Mexico, A. C. demostrar la validez de nuestra Promesa Scout.

Por lo anterior, me es grato felicitarte y darte las gracias por tu participacion activa, en ayudar al prójimo en esta circunstancia.

SIEMPRE LISTO PARA SERVIR.

R. González Ventura
Ricardo González Ventura,
Presidente de Provincia.

Carta de agradecimientoz de la provincia Jalisco, julio 1992
(cortesía de María Eugenia Cuevas Anguano).



Segundo de derecha a izquierda:
Francisco Rojas Corona, grupo 13 de Guadalajara
(fotografía: José Adolfo López Sampsom Félix).



De casco blanco: Juan Carlos Arias Araiza, grupo V de Zapopan
(fotografía: José Adolfo López Sampsom Félix).



Fotografía tomada del libro inédito
100 años de scouts en Guadalajara,
de Roberto Pérez Medina



Fotografía tomada del libro inédito
100 años de scouts en Guadalajara,
de Roberto Pérez Medina

Los 71 minutos que cambiaron Guadalajara

Treinta años han transcurrido desde el fatídico 22 de abril de 1992, y la herida aún no sana. Las familias que perdieron a sus seres queridos o quienes quedaron con alguna discapacidad física o de otra índole claman todavía justicia, una justicia que tal vez nunca llegue. También están quienes perdieron parte o todos sus bienes materiales; otros, su trabajo. Y porque, a diferencia de otras catástrofes, aquí la negligencia humana relevó a la naturaleza de su responsabilidad. Para todos los afectados, su vida cambió para siempre y, tal vez —solo tal vez—, con el paso de los años sane la herida, aunque siempre quedará en la historia de nuestra ciudad el recuerdo de lo que nunca debió suceder, como una cicatriz.

La cadena de explosiones ocurrida dentro del Colector Intermedio de Oriente, con un diámetro de 5.7 metros que corría a ocho metros de profundidad, se debió principalmente a la acumulación de gases generada por miles de litros gasolina derramados en su interior por la planta de Pemex de La Nogalera. Durante 71 minutos una estela de destrucción se generó a lo largo de más de ocho kilómetros del sector Reforma, principalmente en la calle de Gante, donde innumerables casas resultaron afectadas, con vehículos sobre sus azoteas, incluso un camión de refrescos. Analco, Las Conchas, Quinta Velarde y Atlas fueron las colonias con mayores daños. Las cifras oficiales mencionan 212 personas fallecidas y 69 desaparecidos, sumados a otros 1,500 lesionados, cuando menos.

En cuanto se conoció la tragedia por los medios de comunicación o a través de quienes la atestiguaron, la voluntad de servir al prójimo no se hizo esperar entre los scouts tapatíos. Los teléfonos comenzaron a timbrar en numerosas casas, para

convocarlos a un ¡Siempre listo!, mientras otros se apuraron a regresar a sus casas para uniformarse, antes de acudir al punto de reunión anunciado por sus jefes. Rápidamente, los scouts se organizaron para prestar ayuda; algunos llegaron a Casa Scout o directamente al lugar del siniestro en sus propios vehículos; otros los hicieron en camión y, algunos más, a pie o hasta en aventón. Quienes no alcanzaron a uniformarse acudieron con la vestimenta con la que salieron por la mañana de sus hogares. La añorada Casa Scout de Reforma 590 cobró vida como nunca antes se había visto, al convertirse en un importante centro de acopio y, al mismo tiempo, corazón de la organización y coordinación de nuestros muchachos.

Dos años después de la tragedia, Arturo Reyes Fragozo realizaría una primera recopilación testimonial entre los asistentes al Ettah —el campamento organizado por los clanes de rovers de la provincia Jalisco, de convocatoria nacional—, celebrado durante aquella ocasión en la localidad de Tequila, y publicada hasta 2002 en un cuadernillo titulado *Las explosiones de Guadalajara. Testimonios scouts*, obra pionera en su género dentro del ámbito escultista, donde germinaron las páginas de este libro.

Otro antecedente se encuentra en la iniciativa de un grupo de scouts de Ciudad de México liderado por Raúl García Díaz, a cargo de organizar la conmemoración de los treinta años del servicio prestado durante los terremotos que asolaron la capital del país, en septiembre de 1985, misma que incluiría la publicación de otra recopilación testimonial por parte de la Asociación de Scouts de México, ahora llamada *No hubo dragones*. Fueron ellos quienes contactaron a la presidencia de la provincia Jalisco, para proponer un acto que recordara la tragedia de 1992, con su respectiva recopilación testimonial: *Guadalajara, un llamado al servicio*.

La presente obra reúne una mayor cantidad de testimonios de los scouts presentes en el lugar de las explosiones, tanto de los que prestaron ayuda en primera línea como en alguna dependencia gubernamental o en la recolección, clasificación y

posterior reparto de víveres, ropa y medicinas. Dividida en tres apartados, aborda los días previos y lo ocurrido inmediatamente después del desastre, seguido de los testimonios que recrean sus días posteriores, para rematar con una serie de imágenes, valiosas por haberse tomado algunas el mismo día de los acontecimientos —en una época anterior a las cámaras digitales y teléfonos celulares—, inéditas hasta ahora.

Gran parte de las nuevas generaciones desconocen lo ocurrido entonces, y solo al mencionárselos algunos jóvenes refieren lo contado por sus padres y abuelos. Otros recuerdan haberlo escuchado en su aula de clase, y no falta quien tristemente ignore lo sucedido. De ahí la importancia del presente testimonial, para conocer el servicio prestado entonces por los scouts, y dimensionen su espíritu mostrado durante aquellos difíciles momentos.

¡Honor, audacia y esperanza! ¡Jalisco, siempre unido!

GUILLERMO CARLOS ALBANÉS GARCÍA,
historiador de la provincia Jalisco, Guadalajara, abril 2022



Portada de la primera edición digital del libro, donde se aprecia la estela conmemorativa instalada en el barrio de Analco.

Testimonios y referencias documentales

Engracia Aguilar de Grimaldo, entonces vocal de Relaciones del grupo 32 de Guadalajara. Texto publicado en *Lis*, boletín de la provincia Jalisco, marzo 1993.

Dolores Álvarez Meseguer, entonces aspirante a dirigente del grupo 9 de Guadalajara.*

Juan Carlos Arias Araiza (mejor conocido como *Zancudito*), entonces integrante del clan de rovers del grupo V de Zapopan; actual subjefe de tropa del grupo 3 de la provincia Colima.

Roberto Arias de la Mora, *La política detrás de la explosión: el 22 de abril de 1992 en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, 2017.

Martha Cerda, *Y apenas era miércoles*, Joaquín Mortiz, México, 1993.

María Celina Cisneros Meza, entonces secretaria ejecutiva de Casa Scout de la provincia Jalisco.

Moisés Contreras Gutiérrez, entonces expedicionario grupo XXXVIII de Guadalajara; actual subjefe de la comunidad de caminantes del mismo grupo.*

Alfredo Corona V., entonces jefe de tropa del grupo XV de Guadalajara.

la Gisela Corona Vargas, entonces guiadora del grupo XV de Guadalajara; actual comisionada del distrito XV “Olave” Zapopan.

* Los testimonios señalados fueron recabados por Arturo Reyes Fragoso durante agosto de 1994, entre los asistentes al Ettha —campamento de convocatoria nacional organizado por los clanes de la provincia Jalisco, celebrado aquel año en la localidad de Tequila—, para publicarse originalmente en *Las explosiones de Guadalajara. Testimonios scouts* (Cuadernos del Centro de Estudios del Escultismo, 2003) y, una selección de los mismos, en la antología *Pañoletas y silbatos*, publicada en 2017 por la Asociación de Scouts de México en el marco de los 90 años del reconocimiento mundial del escultismo mexicano.

El Informador, Guadalajara, Jalisco, lunes 27 de abril de 1992 (“Zapopan seguirá apoyando mientras sea necesario”).

María Eugenia Cuevas Anguiano, entonces integrante del clan de precursoras y lobatera del grupo 9 de Guadalajara. Testimonio recabado por Arturo Reyes Fragoso, diciembre 2021.

José Guadalupe Dávila López, entonces bombero y actual comandante de Protección Civil y Bomberos de Guadalajara. Testimonio recabado por Melania Vázquez Segura y Guillermo Carlos Albanés García, agosto 2021.

Alberto Diez de Sollano Elcoro, entonces jefe del clan de rovers del grupo 9 de Guadalajara. Testimonio recabado por Arturo Reyes Fragoso, diciembre 2021.

Darío Gama González, entonces bombero de Guadalajara. Testimonio recabado por Melania Vázquez Segura y Guillermo Carlos Albanés García, agosto 2021.

Arturo García Solís, entonces integrante del clan de rovers del grupo 16 de Guadalajara.*

Óscar Mauricio Gómez Morales, entonces tesorero de grupo XV de Guadalajara, donde actualmente se desempeña como jefe de grupo.

Maricela Gómez, entonces scouters del grupo XLV de Guadalajara. Testimonio recabado por Guillermo Carlos Albanés García, diciembre 2016.

Manuel Gómez López, entonces integrante del clan de rovers del grupo 16 de Guadalajara.*

Alfonso González García, entonces integrante del clan de rovers del grupo 40 de Guadalajara, ya desaparecido; actualmente se desempeña como colaborador en el grupo IV. Testimonio recabado por Guillermo Carlos Albanés García, agosto 2021.

Gabriel González García, entonces integrante del clan de rovers del grupo I de Guadalajara.

Gerardina Guechi, entonces expedicionaria del grupo XXXVIII de Guadalajara.

José Martín Ibarra Ramírez, actual jefe del grupo 28 de Guadalajara.

María de Lourdes Guechi García (1972-2015), entonces integrante del clan de precursoras del grupo 9 de Guadalajara.*

José Antonio Hernández Gallegos, entonces jefe scout nacional y presidente de la Asociación de Scouts de México; actual director internacional de la misma agrupación.

J. Jesús Juárez Perea y su madre Soledad Perea de Juárez (☺), ex jefa del grupo 28 de Guadalajara. Testimonios recabados por Guillermo Carlos Albanés García, octubre 2011.

Ingrid Jung de Haüser, entonces vocal de provincia o grupo (1935-2022). Pos-teriormente recibiría el Berrendo de Plata, máximo reconocimiento otorgado por la Asociación de Scouts de México. Testimonio recabado por Guillermo Carlos Albanés García, febrero 2016.

Omar López Ramos, entonces expedicionario del grupo 40 de Guadalajara.*

J. Trinidad López Rivas, entonces comandante del Cuerpo de Bomberos de Guadalajara; posteriormente se desempeñó como director de la Unidad Estatal de Protección Civil y Bomberos de Jalisco. Actualmente retirado. Testimonio recabado por Melania Vázquez Segura y Guillermo Carlos Albanés García, agosto 2021.

José Adolfo López Sampsom Félix, entonces Subcomisionado de Programa de Tropas de la provincia Jalisco. Luego se desempeñaría dos veces como Jefe scout nacional; actualmente, forma parte de la Corte Nacional de Honor de la Asociación de Scouts de México, A. C. Testimonio recabado por Arturo Reyes Fragoso, diciembre 2021.

Félix Armando Mendoza, entonces expedicionario del grupo XXX-VIII de Guadalajara.*

Luis Enrique Morales García, entonces expedicionario del grupo 30 de Guadalajara.*

Luis René Muñoz García, entonces expedicionario del grupo XIX de Guadalajara.*

Roberto Nava Cortés, entonces bombero de Guadalajara. Testimonio recabado por Melania Vázquez Segura y Guillermo Carlos Albanés García, agosto 2021.

Berenice Noemí Nava Mercado, entonces expedicionaria del grupo 13 de Guadalajara.*

- José de Jesús Navarro González (1945-2013), entonces jefe del grupo 9 de Guadalajara.*
- Pablo Ortiz Caso, entonces subjefe scout nacional; dos meses después, asumiría la jefatura scout nacional.
- Cristina Padilla y Rossana Reguillo (compiladoras), *Quién nos hubiera dicho*. Guadalajara, 22 de abril, ITESO, México, 1993.
- Martha Isalia Paz Piña, entonces expedicionaria del grupo 13 de Guadalajara.*
- Roberto Pérez Medina, tomado de *100 años de scouts en Guadalajara*, manuscrito inédito fechado en 2019.
- Luis Ángel Pérez Pérez, entonces jefe del grupo 40 de Guadalajara. Testimonio recabado por Guillermo Carlos Albanés García, agosto 2021.
- Tlatoani, boletín de dirigentes de la Asociación de Scouts de México, A. C., mayo-junio 1992 (título original: “Los scouts ayudan durante la tragedia de Guadalajara”).
- Sergio Ricardo Romero (mejor conocido como *El Capi*), entonces director de publicaciones de la provincia Jalisco. Testimonio recabado por Guillermo Carlos Albanés García, enero 2022.
- René Rodríguez Villalobos, entonces comisionado ejecutivo de Programa de la provincia Jalisco. Testimonio recabado por Arturo Reyes Fragoso, diciembre 2021.
- Gabriela Salinas Mendoza, entonces integrante del clan de precursoras del grupo 9 de Guadalajara; actual jefa de tropa del grupo XIX de la provincia Naucalpan,
- Omar David Sengua Uribe, entonces integrante del clan de rovers del grupo I de Guadalajara. Testimonio recabado por Arturo Reyes Fragoso, noviembre 2021.
- Melania Vázquez Segura, actual jefa de tropa femenina del grupo VIII de Guadalajara.
- Abraham Villaseñor Herrera, entonces voluntario de la Cruz Roja de Guadalajara, donde actualmente se desempeña como director de Planificación y Desarrollo Organizacional de Protección Civil y Bomberos. Testimonio recabado por Melania Vázquez Segura, Óscar Mauricio Gómez Morales y Guillermo Carlos Albanés García, marzo 2022.

COMITÉ ORGANIZADOR DE LOS ACTOS CONMEMORATIVOS DE 1992

María del Rocío Nava Saavedra, presidenta de la provincia Jalisco; Guillermo Carlos Albanés García, historiador de la provincia Jalisco; Omar Ramírez Arriaga, comisionado de Vinculación y Expansión de la provincia Jalisco; Mayte Gómez Rivera, comisionada de Eventos de la provincia Jalisco, con el apoyo del equipo Scouts 1985: Raúl García Díaz, coordinador general; Jesús Israel Silva Pérez, Daniel Peña Jaramillo, Javier Espinosa Hernández, Luis Alfonso Herrera Aguilar; enlace con la ASMAC, Ángel Martínez Herrera, subjefe scout nacional.

Coordinación y curaduría editorial: Arturo Reyes Fragoso.

Contenido

Llamada de reunión	
<i>María del Rocío Nava Saavedra</i>	5
Alcantarillas con olor a gasolina	7
Semana Santa sin Resurrección.....	48
Imágenes indelebles (fotografías inéditas)	76
Los 71 minutos que cambiaron Guadalajara	
<i>Guillermo Carlos Albanés García</i>	81
Testimonios y referencias documentales	84

La presente obra se liberó en la red durante el mes de junio de 2026.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

CUARTA TEMPORADA

31. **Cómo se obtiene la insignia scout de 2ª Clase,**
Búho Blanco • Mowgli
32. **Guadalajara, un llamado al servicio. Testimonios scouts de las explosiones del 22 de abril de 1992,**
volumen colectivo
33. **Acampar cerca de la Luna. Meztitla, origen e inicios,**
Arturo Reyes Fragoso
34. **40 años de Expresión y Arte Scout.**
Memorias y anécdotas
de ganadores, creadores y organizadores,
Ángel Martínez Herrera (coordinador)
35. **Cartas a un guía de patrulla,** Roland E. Philipps
36. **La flor de lis y el henequén. Los primeros años del escultismo yucateco,** Juan Francisco Peón Ancona
37. **Los inicios 1. Testimonios de los fundadores de la Asociación de Scouts de México,**
Luz María Coarasa de Toral • Javier Reyes Luján
38. **Los inicios 2. Testimonios de los fundadores de la Asociación de Scouts de México,**
Luz María Coarasa de Toral • Javier Reyes Luján
39. **San Jorge en Aztlán. Los inicios del roverismo en México,**
Arturo Reyes Fragoso
40. **Diez películas que todo scout debe ver antes de morir,**
García Díaz • Pérez • Reyes Fragoso



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx